

1927: 23 DE NOVIEMBRE

Él miró con los ojos verdes hacia la ventana y el otro le preguntó si no quería nada y él pestañeó y miró con los ojos verdes hacia la ventana. Entonces el otro, que hasta ese momento había permanecido muy, muy calmado, sacó violentamente la pistola del cinturón y la colocó con un golpe sobre la mesa: él escuchó la reverberación de los vasos y las botellas y alargó la mano pero el otro ya sonreía, antes de que él pudiera darle un nombre a la sensación física que el gesto abrupto, el golpe y su efecto sobre esos vasos de cristal azul, esas botellas blancas, despertó en la boca de su estómago, Pero el otro sonrió y un automóvil pasó velozmente por el callejón, entre rechiflas y mentadas de madre y los faros iluminaron la cabeza redonda del otro. El otro hizo girar la cámara del revólver y le indicó que sólo había dos balas; giró de nuevo, ajustó el gatillo y se colocó la boca del arma junto a la sien. Él trató de desviar la mirada, sólo que ese cuartito no ofrecía un punto fijo para la atención: las paredes desnudas, pintadas de añil y el piso de tezontle parejo y las mesas, las dos sillas, los dos hombres. El otro esperó hasta que los ojos verdes dejaran de circular por el cuarto y regresaran al puño, al revólver y a la sien. Sonreía, pero sudaba, y él también. Trató de distinguir en silencio el tictac del reloj guardado en la bolsa derecha del chaleco. Quizá latía menos que su corazón; daba lo mismo, porque la detonación de la pistola ya estaba en sus oídos, desde antes, y al mismo tiempo el silencio dominaba todos los demás ruidos, incluso el posible —todavía no— de un revólver. El otro esperó. Él lo vio. El otro tiró del gatillo y un clic seco y metálico se perdió en el silencio y afuera la noche seguía idéntica, sin luna. El otro permaneció con el arma apuntada contra la sien y empezó a sonreír, a reír a carcajadas: el cuerpo gordo temblaba desde adentro, como un flan, desde adentro porque no se movía por fuera. Así permanecieron varios segundos y él tampoco se movía; ahora respiraba el olor de incienso que desde esa mañana lo acompañaba a todas partes y sólo a través del humo imaginario pudo distinguir el rostro del otro, que seguía riendo desde adentro antes de volver a colocar la pistola sobre la mesa, alargar los dedos chatos, amarillos y empujar lentamente el arma hacia él. La felicidad turbia en los ojos del otro podría ser un anuncio de lágrimas retenidas; él no quiso averiguar. Le dolía en el estómago el recuerdo, que todavía no lo era, de esa figura obesa con el arma pegada a la sien; el miedo en el otro, sobre todo el miedo dominado, le encogía los intestinos y le impedía hablar: sería el fin: que lo encontraran en este cuarto con el gordo muerto, que hubiera un argumento contra él. Ya había

reconocido su propia pistola, guardada siempre en el cajón del armario, sin darse cuenta hasta ahora que el gordo se la acercaba con los dedos cortos, con el puño envuelto en ese pañuelo que quizá se habría desprendido de la mano si el otro ... Pero en caso de no desprenderse, el suicidio era evidente. ¿Para quién? Un comandante de la policía muere en una pieza vacía con su enemigo enfrente. ¿Quién dispuso de quién? El otro se aflojó el cinturón y bebió de un golpe hasta el fondo del vaso. El sudor le manchaba las axilas y le corría por el cuello. Los dedos, mochos de tan cortos, insistieron en acercarle la pistola. ¿Qué diría? Que ya estaba todo probado de su parte; ¿él no se iba rajar?; ¿verdad que no? Él preguntó que qué cosa estaba probada y el otro dijo que estaba probado que por su parte no quedaba, que si se trataba de morir él no se rajaba, que no se trataba de seguir dándole vuelo a la hilacha para siempre y que así eran las cosas. Si eso no lo convencía, pues ya no sabía qué podía convencerlo. Era una prueba —le dijo el otro— de que él debía pasarse con ellos; ¿o a poco uno de su bando estaba dispuesto a demostrarle a costa de su vida que lo querían de ese lado? Encendió un cigarrillo y le ofreció otro y él mismo encendió el suyo y acercó el fósforo al rostro café del gordo, pero el gordo lo apagó de un soplo y él se sintió rodeado. Tomó la pistola y dejó el cigarrillo en un equilibrio precario sobre el borde del vaso, sin darse cuenta de que la ceniza cayó dentro del tequila y se depositó en el fondo. Apretó la boca de la pistola contra la sien y no sintió temperatura alguna, aunque imaginó que debía sentir frío y recordó que tenía treinta y ocho años, pero que eso no le importaba a nadie y menos al gordo y menos aún a él mismo.

Y esa mañana se había vestido frente al gran espejo ovalado de su recámara y el incienso había llegado hasta su nariz y él se hizo del olfato gordo. También ascendió del jardín un olor de castaña sobre esa tierra seca y limpia del mes. Vio al hombre fuerte, de brazos fuertes, estómago liso y sin grasa, de músculos firmes plegados en torno al ombligo oscuro donde moría el vello del sexo y del estómago. Se pasó una mano por los pómulos, por la nariz quebrada y volvió a oler el incienso. Escogió una camisa limpia en el armario y no se dio cuenta de que el revólver ya no estaba allí y terminó de vestirse y abrió la puerta de la recámara. "No tengo tiempo; en verdad, no tengo tiempo. Te digo que no tengo tiempo."

El jardín había sido plantado con hortalizas de adorno dispuestas en herradura y flor de lis, con rosales y arbustos y su franja verde rodeaba la casa de un piso, construida según el estilo florentino, con columnas esbeltas y frisos de yeso a la entrada del pórtico. Los muros exteriores fueron pintados de rosa y en los salones, que él recorrió esta mañana, la luz incierta de la hora aislaba los perfiles tachonados de los candiles, la estatuaria de mármol, los cortinajes de terciopelo, los altos sillones de brocado, las vitrinas y los filetes de oro de los sillones de amor. Pero se detuvo junto a la puerta lateral al fondo del salón, con la mano sobre la manija de bronce y no quiso abrir y descender.

"Era de unos que se fueron a vivir a Francia. La compramos por cualquier cosa pero la restauración nos costó mucho. Le dije a mi marido: déjame hacer todo, déjalo de mi cuenta, yo sé cómo... "

El gordo saltó de la silla, ligero, lleno de aire y desvió la mano que empuñaba la pistola: el tiro no lo escuchó nadie, porque era tarde y estaban solos, sí, quizá fue por eso que nadie lo escuchó, y fue a incrustarse en el muro azul de la pieza mientras el comandante reía y decía que ya estaba bien de juegos por esta vez, y de juego peligrosos: ¿para, qué, si todo podía arreglarse tan fácilmente? Tan fácilmente, pensó él; ya es tiempo de que las cosas se arreglen fácilmente; ¿nunca viviré tranquilo?

—¿Por qué no me dejan en" paz? ¿Por qué no?

—Pero si es de lo más fácil, mi cuate. De ti depende.

—¿En dónde estamos?

No llegó; lo trajeron; y aunque estaban en el centro de la ciudad, el chofer lo mareó, se desvió a la izquierda, se desvió a la derecha, convirtió esa traza española, de rectángulos, en un laberinto de succiones imperceptibles. Todo esto era imperceptible, como la mano corta y frágil del otro, que le arrebató el arma, riendo siempre, y regresó a sentarse, otra vez pesado, gordo, sudoroso, con los ojos chispeantes.

—¿A poco no somos los meros chingones? ¿Sabes? Escoge siempre a tus amigos entre los grandes chingones, porque con ellos no hay quien te chingue a ti. Vamos a beber.

Brindaron y el gordo dijo que este mundo se divide en chingones y pendejos y que hay que escoger ya. También dijo que sería una lástima que el diputado —él— no supiera escoger a tiempo, porque ellos eran muy reatas, muy buenas gentes y le daban a todos la oportunidad de escoger, nada más que no todos eran tan vivos como el diputado, les daba por sentirse muy machos y luego se levantaban en armas, cuando era tan facilito cambiar de lugar como quien no quiere la cosa y amanecer del buen lado. ¿A poco era la primera vez que él chaqueteaba? ¿Pues dónde había pasado los últimos quince años? Lo adormecía la voz, gorda como la carne, susurrante y aterrada como una culebra: una garganta de anillos contráctiles, lubricada por el alcohol y los habanos: — ¿No gustas?

El otro lo miró fijamente y él siguió acariciando la hebilla del cinturón sin darse cuenta, hasta que retiró los dedos porque la chapa de plata le recordaba el frío o el calor de la pistola y quería tener las manos libres.

—Mañana van a ser fusilados los curas. Te lo digo también como prueba de amistad, porque estoy seguro que tú no eres de esos pitoflojos...

Apartaron las sillas. El otro se dirigió a la ventana y pegó duro sobre el vidrio con los nudillos. Hizo un signo y después le tendió la mano al hombre. El otro se quedó en la puerta mientras él bajaba por el cubo apestoso y oscuro y volteó un basurero y todo

olió a cáscara de naranja podrida, a periódico húmedo. El hombre que estaba junto a la puerta se llevó un dedo al sombrero blanco y le indicó que la Avenida Dieciséis de Septiembre quedaba de aquel lado.

—¿Qué crees?

—Que debemos pasamos del lado del otro.

—Pues yo no.

—¿Y tú?

—Los oigo.

—¿Nadie más nos oye?

—La *Saturno* es de confianza y de su casa no sale un rumor...

—y si no salen, los salgo...

—Nos hicimos con el jefe y con el jefe nos quiebran.

—Está perdido. El nuevo le ha tendido un cuatro muy bien tendido.

—¿Qué propones?

—Hay que hacerse presente, digo yo.

—Primero me dejo cortar las orejas. ¿Somos o no somos?

-¿Cómo?

—Hay maneras.

—Pero así, no muy aparentes, ¿no?

—Seguro. Quién quita...

—No, no, si yo no digo nada.

—Que como que sí y como que no al mismo tiempo...

—Yo digo enteros, como machos, con éste o con el otro...

—Despierte, mi general, que está clareando.

—¿Entonces?

—Pues... ahí queda la cosa. Cada uno sabe para dónde jala.

—Pues... quién sabe.

—Yo diría.

—¿De plano crees que no sale adelante nuestro caudillo?

—Se me hace, se me hace...

—¿Qué?

—No, nada más se me hace.

—¿Y tú, por fin?

—Pues se me empieza a hacer también...

—Nada más que a la hora de la verdad ni se acuerden de que hoy platicamos.

—¿Quién se va a andar acordando de nada?

—Yo digo, por si las dudas.

—Las cochinas dudas.

—Tú cállate. Tráenos algo, ándale.

—Las cochinas dudas, monsiú.

—Entonces, ¿nada de jalar juntos?

—Juntos sí, nomás que cada chivito por su caminito...

— ... que al fin la bellota y el encino la sigan repartiendo donde siempre...

—Allí mismito. Eso sí.

—¿Usted no va a comer, mi general Jiménez?

—Cada quien sabe su cuento.

—Ahora, que si alguien afloja la lengua...

—Pero, ¿en qué piensas, mi hermano? ¿No somos todos hermanos aquí?

—Yo diría que sí, pero luego uno se acuerda de la mamacita que nos parió y, francamente, empiezan las dudas...

—Las cochinas dudas, como dice la *Saturno*...

—Las cochinísimas, mi coronel Gavilán.

—y uno nomás se acuerda.

—Uno va y decide solito, y ya estuvo.

—Pero uno quiere salvar el pellejo, ¿eh?

—Con honor, señor diputado, con honor siempre.

—Con honor, mi general, no faltaba más.

—Entonces...

—Aquí no ha pasado nada.

—Nada, nadita, nada.

—¿Pero de veras se va a llevar la rechimuela a nuestro mero jefe?

—Cuál, ¿el de antes o el de ahora?

—El de antes, el de antes...

Chicago, Chicago, that toddlin' town: la *Saturno* levantó la aguja del fonógrafo y palmeó las manos: —. Hijitas, hijitas, en orden... mientras él se colocó el carrete y apartó las cortinas, riendo, y sólo las vio de soslayo, reflejadas en el espejo manchado de esa sala, morenas pero polveadas y encremadas, los lunares postizos dibujados sobre las mejillas, sobre los pechos, junto a los labios, las zapatillas de raso y charol, las faldas cortas, los párpados azulosos y la mano del Cerbero endomingado polveado también: —¿Mi regalito, señor?

Y aquello iba a seguir muy bien, él lo sabía, al frotarse el abdomen con la mano derecha y detenerse en el jardincillo frente a la casa de citas para respirar el rocío de la pelusa y la frescura del agua en su fuente de terciopelo lamoso: bien, el general Jiménez ya se habría quitado los anteojos azules y se estaría frotando los párpados secos, las escamas de la conjuntivitis que le nevaban la barba: pediría que le quitaran las botas, que alguien le quitara las botas porque estaba cansado y porque estaba acostumbrado a que le quitaran las botas y todos reirían porque el general iba a aprovechar la postura de la muchacha para levantarle las faldas y mostrar las nalguillas redondas y oscuras cubiertas por la seda lilácea, aunque los demás preferirían el raro espectáculo de *esos* ojos siempre velados, abiertos por una vez como grandes ostiones insípidos y todos, los amigos, los hermanos, los cuates, estirarían los brazos y se harían quitar los sacos por las jóvenes pensionistas de la *Saturno*, pero ellas irían como abejas alrededor de los que vestían la túnica del ejército, como si ninguna supiera qué cosa podía haber debajo del uniforme, los botones con el águila y la serpiente, las espigas de oro: él las había visto revolotear así, húmedas, salidas apenas del huso larvado, con los brazos mestizos en alto y la polvera y la mota en las manos, blanqueando las cabezas de los amigos, los hermanos, los cuates recostados sobre las camas con las piernas abiertas y las camisas manchadas de coñac, las sienes empapadas y las manos secas, mientras se filtraba el ritmo del charleston, mientras ellas los iban desvistiendo lentamente y besaban cada parte desnuda y chillaban cuando ellos alargaban los dedos: se miró las uñas con sus puntos blancos que se decían prueba de la mentira y la media luna del pulgar y el perro ladró cerca de él. Se levantó las solapas del saco y caminó hacia su casa, aunque prefería regresar al otro lugar y dormir abrazado por los cuerpos polveados y soltar ese ácido que le restiraba los nervios y le obligaba a permanecer con los ojos abiertos, mirando innecesariamente esas hileras de casas bajas, grises, rodeadas de balcones cargados de macetas de porcelana y vidrio, esas hileras de palmeras secas y polvosas de la avenida, oliendo innecesariamente los restos de elotes enchilados y vinagretas.

Se pasó la mano por las púas de la mejilla. Buscó entre el manojo de llaves incómodas. Ella estaría allá abajo en este momento: ella, que subía y bajaba las escaleras alfombradas sin hacer ruido y siempre se asustaba al verlo entrar: —¡Ay! Qué susto me has dado. No te esperaba. No, no te esperaba tan pronto; te juro que no te esperaba. tan pronto— y él se preguntaba por qué motivo ella tomaba las actitudes de

la complicidad para echarle en cara la culpa. Pero ésos eran nombres y los encuentros, la atracción repelida antes de iniciar su movimiento, el rechazo que a veces los acercaba, no poseían aún nombre, ni antes de nacer ni después de consumarse, porque ambos actos eran el mismo. Una vez, en la oscuridad, sus dedos y los de ella se encontraron en el pasamanos de la escalera y ella le apretó la mano y él encendió la luz para que no tropezara, porque no sabía que ella bajaba mientras él subía, pero el rostro de ella no era el sentimiento de la mano y ella apagó la luz y él quiso llamarlo perversidad pero ése tampoco era el nombre, porque la costumbre no puede ser perversa, en cuanto deja de ser premeditada y excepcional. Conocía un objeto, suave, envuelto en seda y sábanas de lino, un objeto del tacto porque las luces de la recámara jamás se prendían en esos momentos: sólo en aquel momento de la escalera y entonces ella no ocultó el rostro, ni lo fingió. Fue sólo una vez, que no era necesario recordar y que no obstante le removía el estómago con un afán dulciamargo de repetirla. Lo pensó y lo sintió cuando ya se había repetido, cuando se repitió esa misma madrugada y la misma mano tocó la suya, esta vez en el barandal que conducía al sótano de la casa, aunque ninguna luz se prendió y ella sólo le preguntó: —¿Qué buscas aquí?, antes de corregirse y repetir con la voz pareja: —¡Ay, qué susto! No te esperaba. Te juro que no te esperaba tan pronto—: pareja, sin burla y él sólo respiraba ese olor casi encarnado, *ese* olor con palabras, con sonsonete.

Abrió la puerta de la bodega y al principio no lo distinguió, porque también parecía hecho de incienso; ella tomó el brazo del huésped secreto que intentaba esconder los pliegues de la sotana entre las piernas y esfumar el olor sagrado con el revoloteo de los brazos, antes de darse cuenta de la inutilidad de todo —la protección de ella, los aspavientos negros— y bajar la cabeza en un signo imitativo de consumación que debió confortarlo y asegurarle que cumplía, para su propia satisfacción si no para la de los testigos que no lo miraban a él, que se miraban entre sí, las actitudes consagradas de la resignación. Quiso, pidió que el hombre que acababa de entrar lo mirara, lo reconociera: de soslayo, el cura vio que no podía arrancar los ojos de la mujer, ni ella de él, por más que ella abrazara, cubriera a este ministro del Señor que sentía en el espasmo de la vesícula, en la inyección amarilla de los ojos y la lengua, la promesa de un terror que, llegado el momento —el siguiente momento, porque no habría otro— no sabría ocultar. Sólo le quedaba este momento, pensó el sacerdote, para aceptar el destino, pero en este momento no había testigos. Ese hombre de ojos verdes pedía: le pedía a ella que pidiera, que se atreviera a pedir, que tentara el sí o el no del azar y ella no podía responder; ya no podía contestar. El cura imaginó que, otro día, al sacrificar esta posibilidad de responder o de pedir, ella había sacrificado desde entonces esta vida, la vida del sacerdote. Las velas destacaban la opacidad de la piel, materia que sostiene la transparencia y el brillo; las velas doblaban de un gemelo negro todas las blancuras del rostro, el cuello, los brazos. Esperó a que se lo pidiera. Vio la contracción de esa garganta que quería besar. El cura suspiró: ella no lo pediría y a él

sólo le quedaba, frente al hombre de ojos verdes, este momento para actuar la resignación, porque mañana no podría, sin duda le sería imposible, mañana la resignación olvidaría su nombre y se llamaría vísceras y las vísceras no conocen las palabras de Dios.

Durmió hasta el mediodía. Lo despertó la música de un cilindro en la calle y no se preocupó por identificar la canción, porque el silencio de la noche anterior —o su recuerdo, que era la noche y el silencio— imponía largos momentos muertos que cortaban la melodía y en seguida volvía a comenzar el ritmo lento y melancólico, que se colaba por la ventana entreabierta, antes de que esa memoria sin ruidos volviese a interrumpirlo. Sonó el teléfono y él lo descolgó y escuchó la risa contenida del otro y dijo:

—Bueno.

—Ya lo tenemos en la comandancia, señor diputado.

-¿Sí?

—El señor Presidente está enterado.

—Entonces...

—Tú sabes. Un gesto. Una visita. Sin necesidad de decir nada.

—¿A qué horas?

—Cáete por aquí a eso de las dos.

—Nos vemos.

Ella lo escuchó desde la recámara contigua y comenzó a llorar, pegada a la puerta, pero después ya no escuchó nada y se secó las mejillas antes de sentarse frente al espejo.

Le compró el periódico a un voceador y trató de leerlo mientras manejaba, pero sólo pudo echar un vistazo a los encabezados que hablaban del fusilamiento de los que atentaron contra la vida del otro caudillo, el candidato. Él lo recordó en los grandes momentos, en la campaña contra Villa, en la presidencia, cuando todos le juraron lealtad y miró esa foto del padre Pro, con los brazos abiertos, recibiendo la descarga. Corrían a su lado las capotas blancas de los nuevos automóviles, pasaban las faldas cortas y los sombreros de campana de las mujeres y los pantalones *baloón* de los lagartijos de ahora y los limpiabotas sentados en el suelo, alrededor de la Fuente de la rana, pero no era la ciudad lo que corría frente a esa mirada vidriosa y fija, sino la palabra. La saboreó y la vio en las miradas rápidas que desde las aceras se cruzaron con la suya, la vio en las actitudes, en los guiños, en los gestos pasajeros, en los hombros encogidos, en los signos soeces de los dedos. Se sintió peligrosamente vivo, prendido al volante, mareado por los rostros los gestos los dedos-pingas de las calles, entre dos oscilaciones del péndulo. Hoy debía hacerlo porque mañana, fatalmente, los

ultrajados de hoy lo ultrajarían a él. Un reflejo del cristal lo cegó y se llevó la mano a los párpados: siempre había escogido bien, al gran chingón, al caudillo emergente contra el caudillo en ocaso. Se abrió el inmenso Zócalo, con los puestos entre las arcadas y las campanas de Catedral entonaron el bronce profundo de las dos de la tarde. Mostró la credencial de diputado al guardia de la entrada de Moneda. El invierno cristalino de la meseta recortaba la silueta eclesiástica del México viejo y grupos de estudiantes en época de exámenes bajaban por las calles de Argentina y Guatemala. Estacionó el automóvil en el patio. Subió en el ascensor de jaula. Recorrió los salones de palo-de-rosa y arañas luminosas y tomó asiento en la antesala. A su alrededor, las voces más bajas sólo se levantaban para pronunciar con unción las tres palabras:

—El señor Presidente.

—Ol señor Prosodonto.

—Al sañar Prasadanta.

—¿El diputado Cruz? Pase.

El gordo le tendió los brazos y los dos se palmearon las espaldas y las cinturas y se frotaron las caderas y el gordo rió como siempre, desde adentro y hacia adentro e hizo con el dedo índice el gesto de disparar a la cabeza y volvió a reír sin voz, con la agitación silenciosa de la barriga y las mejillas oscuras. Se abotonó con dificultad el cuello del uniforme y le preguntó si había leído la prensa y él dijo que sí, que ya entendía el juego pero que todo eso no tenía importancia y que él sólo venía a reiterarle su adhesión al señor Presidente, su adhesión incondicional, y el gordo le preguntó si deseaba algo y él le habló de algunos terrenos baldíos en las afueras de la ciudad, que no valían gran cosa hoy pero que con el tiempo se podrían fraccionar y el otro prometió arreglar el asunto porque después de todo ya eran cuates, ya eran hermanos, y el señor diputado venía luchando, uuuu, desde el año '13 y ya tenía derecho a vivir seguro y fuera de los vaivenes de la política: eso le dijo y le acarició el brazo y volvió a palmearle las espaldas y las caderas para sellar la amistad. Se abrió la puerta de manijas doradas y salieron del otro despacho el general Jiménez, el coronel Gavilán y otros amigos que anoche habían estado con la *Saturno* y pasaron sin verlo a él, con las cabezas inclinadas y el gordo volvió a reír y le dijo que muchos amigos suyos habían venido a ponerse a la disposición del señor Presidente en esta hora de unidad y extendió el brazo y le invitó a que pasara.

Al fondo del despacho, junto a una luz verdosa, vio esos ojos atornillados al fondo del cráneo, esos ojos de tigre en acecho y bajó la cabeza y dijo: —A sus órdenes, señor Presidente... Para servir a usted incondicionalmente, se lo aseguro, señor Presidente ...

Yo huelo ese óleo viejo que me embarran en los ojos, la nariz, los labios, los pies fríos, las manos azules, los muslos, cerca del sexo y pido que abran la ventana: quiero respirar. Lanzo este sonido hueco por las ventanillas de la nariz y los dejo hacer y

cruzo los brazos sobre el estómago. El lino de la sábana, su frescura. Eso sí es importante. ¿Qué saben ellos, Catalina, el cura, Teresa, Gerardo?

—Déjenme...

—Qué sabe el médico. Yo lo conozco mejor. Es otra burla. —No digas nada.

—Teresita no contradigas a tu padre... digo, a tu madre... No ves que ...

—Ja. Tú eres tan responsable como él. Tú por débil y cobarde, él por... por...

-Basta. Basta.

—Buenas tardes.

—Por aquí.

—Basta, por Dios.

—Sigan, sigan.

¿En qué estaba pensando? ¿Qué recordaba?

— ... como limosneros ¿por qué obliga a Gerardo a trabajar?

¿Qué saben ellos, Catalina, el cura, Teresa, Gerardo? ¿Qué importancia van a tener sus aspavientos de duelo o las expresiones de honor que aparecerán en los periódicos? ¿Quién tendrá la honradez de decir, como yo lo digo ahora, que mi único amor ha sido la posesión de las cosas, su propiedad sensual? Eso es lo que quiero. La sábana que acaricio. Y todo lo demás, lo que ahora pasa frente a mis ojos. Un piso de mármol italiano, vetado de verde y negro. Las botellas que conservan el verano de aquellos lugares. Los cuadros viejos, de barniz descascarado, que recogen en un solo manchón la luz del solo de los candiles, que permiten recorrerlos pausadamente con la vista y el tacto, sentado sobre un sofá de cuero blanco con chapas de oro, con el vaso de coñac en una mano y el puro en la otra, vestido con un *smoking* ligero, de seda y zapatillas de charol suaves plantadas sobre un tapete hondo y silencioso de merino. Allí se posiona un hombre del paisaje y de los rostros de otros hombres. Allí, o sentado en la terraza frente al Pacífico, mirando la puesta de sol y repitiendo con los sentidos, los más tensos, ah sí, los más deliciosos, el ir y venir, la fricción de ese oleaje plateado sobre la arena húmeda. Tierra. Tierra que puede traducirse en dinero. Terrenos cuadriculados de la ciudad sobre los que empieza a levantarse el bosque de varillas de la construcción. Terrenos verdes y amarillos del campo, siempre los mejores, cerca de las presas, recorridos por el zumbido del tractor. Terrenos verticales de las montañas mineras, cofres pardos. Máquinas: ese olor sabroso de la rotativa que vomita sus hojas con un ritmo acelerado...

"—Eh, don Artemio, ¿se siente mal?

"—No, es el calor. Esta resolana. ¿Qué hay, Mena? ¿Quiere abrir las ventanas? "

—Ahora mismo... "

Ah, los ruidos de la calle. De un golpe. No es posible separar unos de otros. Ah, los ruidos de la calle.

"—¿Qué usted desea, don Artemio?"

—Mena, usted sabe con cuánto entusiasmo defendimos aquí, hasta el último momento, al presidente Batista. Pero ahora que ya no está en el poder, no es tan fácil, y menos defender al general Trujillo, aunque siga en el poder. Usted representa a los dos y debe comprender... Resulta exiguo ...

"—Bueno, usted no se preocupe, don Artemio, que yo veré de arreglarlo. Aunque con tanto siquitrillado... y ya que hablamos de eso, aquí le traigo ahora unas cuartillas explicando la obra del Benefactor... Más nada ...

"—Cómo no. Déjemelas. Ah, mire, Díaz, qué bueno que llega. Publique esto en la página editorial con una firma inventada... Buenos días, Mena, espero sus noticias ... "

Sus noticias. Noticias. Espero sus noticias. Noticias de mis labios blancos, aaay, una mano, denme una mano, ay otro pulso para reavivar el mío, labios blancos...

—Te echo la culpa.

—¿Te sientes aliviada? Hazlo. Cruzamos el río a caballo. Regresamos a mi tierra. Mi tierra.

— ... quisiéramos saber dónde...

Por fin, por fin me dan ese placer de venir, físicamente arrodilladas, a pedirme eso. El cura ya lo anticipó. Algo debe rondarme muy de cerca cuando también ellas llegan hasta mi cabecera con ese temblorcillo que no escapa a mi atención. Tratan de adivinar mi burla, esa burla final que tanto he saboreado a solas, esa humillación definitiva cuyas consecuencias totales ya no podré gozar, pero cuyos espasmos iniciales me deleitan en este momento. Quizá será éste el último calorcillo de triunfo...

—Dónde... —murmuro con tanta dulzura, tanto disimulo... —. Dónde... Déjenme pensar ... Teresa, creo que recuerdo ... ¿No hay un estuche de caoba donde guardo los puros? Tiene doble fondo .

No necesito terminar. Las dos se incorporan y corren a la enorme mesa de herradura donde ellas creen que a veces, de noche, paso las horas de insomnio leyendo cosas: ellas quisieran que así fuera. Las dos mujeres forcejean las gavetas, desparraman papeles y encuentran, al fin, la caja de ébano. Ah, entonces allí estaba. Allí había otra. O la trajeron. Sus dedos deben abrir apresuradamente el segundo fondo, deslizándolo de la base con ese respeto. No hay nada. ¿Cuándo comí por última vez? Oriné hace mucho. Pero comer. Vomité. Pero comer.

"—El subsecretario al teléfono, don Artemio... "

Corrieron las cortinas, ¿verdad? Es de noche, ¿verdad? Hay plantas que necesitan la luz de la noche para florecer. Esperan hasta que salga la oscuridad. El convólvulo

abre sus pétalos al atardecer. El convólvulo. En esa choza había un convólvulo, en la choza junto al río. Se abría al caer la tarde, sí.

"—Gracias, señorita... Bueno ... sí, es Artemio Cruz. No, no, no, no hay conciliación que valga. Es un intento claro de derrocar al gobierno. Ya han logrado que el sindicato en masa abandone el partido oficial; si esto sigue ¿sobre qué se van a sostener ustedes, señor subsecretario? ... Sí... Ése es el único camino: declarar inexistente la huelga, mandarles a la tropa, destruirlos a garrotazo limpio y encarcelar a los cabecillas... Cómo no va a ser seria la cosa, señor ... "

La mimosa también, recuerdo que también la mimosa tiene sentimientos; puede ser sensitiva y púdica, casta y palpitante, viva, la mimosa...

"— ... Sí, seguro... y algo más, para hablar claro: si ustedes se muestran débiles, yo y mis asociados de plano colocamos nuestros capitales fuera de México. Necesitamos garantías. Oiga, ¿qué pasaría si en dos semanas huyeran del país cien millones de dólares, por ejemplo? ... ¿eh? ... No, si ya entiendo. ¡No faltaba más! ... "

Ya. Se acabó. Ah. Eso fue todo. ¿Eso fue todo? Quién sabe. No me acuerdo. Hace tiempo que no escucho las voces de esa grabadora. Hace tiempo que disimulo y en realidad estoy pensando en cosas que me gusta comer, sí, es más importante pensar en comida porque no he comido desde hace muchas horas y Padilla desconecta el aparato y yo he mantenido los ojos cerrados y no sé qué piensen, qué digan Catalina, Teresa, el Gerardo, la niña —no, Gloria salió, se fue hace un buen rato con el hijo de Padilla, se están besuqueando en la sala, aprovechando que no hay nadie— porque sigo con los ojos cerrados y sólo pienso en chuletas de puerco, en lomo asado, en barbacoa, en pavos rellenos, en las sopas que me gustan tanto, casi tanto como los postres, ah sí, siempre fui muy dulcero y aquí los dulces son deliciosos, dulces de almendra y piña, de coco y leche cuajada, ah, ah, leche quemada también, chongos zamoranos, pienso en los chongos zamoranos, frutas cristalizadas, y huachinangos, robalos, lenguados, pienso en ostras y jaibas.

—Cruzamos el río a caballo. Y llegamos hasta la barra y el mar. En Veracruz,

percebes y calamares, pulpos y ceviches, pienso en la cerveza, amarga como el mar, la cerveza, pienso en el venado yucateco, en que no soy viejo, no, aunque un día lo fui, frente a un espejo, y los quesos podridos, cómo me gustan, pienso, quiero, cómo me alivia esto, cómo me aburre escuchar mi propia voz exacta, insinuante autoritaria, desempeñando ese mismo papel, siempre, qué tedio, cuando podría estar comiendo comiendo: como, duermo, fornico y lo demás ¿qué? ¿qué?, ¿qué?, ¿quién quiere comer dormir fornicar con mi dinero? tú Padilla y tú Catalina y tú Teresa y tú Gerardo y tú Paquito Padilla, ¿así te llamas?, que te has de estar comiendo los labios de mi nieta en la penumbra de mi sala o de esta sala, tú, que eres joven todavía, porque yo no vivo aquí, ustedes son jóvenes, yo sé vivir bien, por eso no vivo aquí, yo soy un viejo, ¿eh?, un viejo lleno de manías, que tiene derecho a tenerlas porque se chingó, ¿ven?, se

chingó chingando a los demás, escogió a tiempo, como aquella noche, ah ya la recordé, aquella noche, aquella palabra, aquella mujer: que me den de comer: ¿por qué no me dan de comer?, lárguense: ay dolor: lárguense: chinguen a su madre:

del nacimiento, amenaza y burla, verbo testigo, compañero de la fiesta y de la borrachera, espada del valor, trono de la fuerza, colmillo de la marrullería, blasón de la raza, salvavida de los límites resumen de la historia: santo y seña de México: tu palabra:

Tú la pronunciarás: es tu palabra: y tu palabra es la mía; palabra de honor: palabra de hombre: palabra de rueda: palabra de molino: imprecación, propósito saludo, proyecto de vida, filiación, recuerdo, voz de los desesperados liberación de los pobres, orden de los poderosos, invitación a la riña y al trabajo, epígrafe del amor, signo del nacimiento, amenaza y burla, verbo testigo, compañero de la fiesta y de la borrachera, espada del valor, trono de la fuerza, colmillo e la marrullería, blasón de la raza, salvavida de los limites resumen de la historia: santo y seña de México: tu palabra:

- Chingue a su madre
- Hijo de la chingada
- Aquí estamos los meros chingones
- Déjate de chingaderas
- Ahoritita me lo chingo
- Ándale, chingaquedito
- No te dejes chingar
- Me chingué a esa vieja
- Chinga tú
- Chingue usted
- Chinga bien, sin ver a quién
- A chingar se ha dicho
- Le chingué mil pesos
- Chínguense aunque truenen
- Chingaderitas las mías
- Me chingó el jefe
- No me chingues el día
- Vamos todos a la chingada
- Se lo llevó la chingada

- Me chingo pero no me rajo
- Se chingaron al indio
- Nos chingaron los gachupines
- Me chingan los gringos
- Viva México, jijos de su rechingada:

tristeza, madrugada, tostada, tiznada, guayaba, el mal dormir: hijos de la palabra. Nacidos de la chingada, muertos en la chingada, vivos por pura chingadera: vientre y mortaja, escondidos en la chingada. Ella da la cara, ella reparte la baraja, ella se juega el albur, ella arropa la reticencia y el doble juego, ella descubre la pendencia y el valor, ella embriaga, grita, sucumbe, vive en cada lecho, preside los fastos de la amistad, del odio y del poder. Nuestra palabra. Tú y yo, miembros de esa masonería: la orden de la chingada. Eres quien eres porque supiste chingar y no te dejaste chingar; eres quien eres porque no supiste chingar y te dejaste chingar: cadena de la chingada que nos aprisiona a todos: eslabón arriba, eslabón abajo, unidos a todos los hijos de la chingada que nos precedieron y nos seguirán: heredarás la chingada desde arriba; la heredarás hacia abajo: eres hijo de los hijos de la chingada; serás padre de más hijos de la chingada: nuestra palabra, detrás de cada rostro, de cada rostro, de cada signo, de cada leperada: pinga de la chingada, verga de la chingada, culo de la chingada: la chingada te hace los mandados, la chingada te desflema el cuaresmeño, te chingas a la chingada, la chingada te la pela, no tendrás madre, pero tendrás tu chingada: con la chingada te llevas a toda madre, es tu cuatezón, tu carnal, tu manito, tu vieja, tu peor-esnada: la chingada: te truenas el esqueleto con la chingada; te sientes a todo dar con la chingada, te pones un pedorrales de órdago con la chingada, se te frunce el cutis con la chingada, pones los güevos por delante con la chingada: no te rajas con la chingada: te prendes a la ubre de la chingada:

¿A dónde vas con la chingada?

oh misterio, oh engaño, oh nostalgia: crees que con ella regresarás a los orígenes: ¿a cuáles orígenes? no tú: nadie quiere regresar a la edad de oro mentirosa, a los orígenes siniestros, al gruñido bestial, a la lucha por la carne del oso, por la cueva y el pedernal, al sacrificio y a la locura, al terror sin nombre del origen, al fetiche inmolido, al miedo del sol, miedo de la tormenta, miedo del eclipse, miedo del fuego, miedo de las máscaras, terror de los ídolos, miedo de la pubertad, miedo del agua, miedo del hambre, miedo del desamparo, terror cósmico: chingada, pirámide de negaciones, teocalli del espanto

oh misterio, oh engaño, oh espejismo: crees que con él caminarás hacia adelante, te afirmarás: ¿a cuál futuro? no tú: nadie quiere caminar cargado de la maldición, de la sospecha, de la frustración, del resentimiento, del odio, de la envidia, del rencor, del

desprecio, de la inseguridad, de la miseria, del abuso, del insulto, de la intimidación, del falso orgullo, del machismo, de la corrupción de tu chingada chingada:

déjala en el camino, asesínala con armas que no sean las tuyas: matémosla: matemos esa palabra que nos separa, nos petrifica, nos pudre con su doble veneno de ídolo y cruz: que no sea nuestra respuesta ni nuestra fatalidad:

ora, mientras ese cura te embarra los labios, la nariz, los párpados, los brazos, las piernas, el sexo con la unción final: ruega: que no sea nuestra respuesta ni nuestra fatalidad: la chingada, hijos de la chingada, la chingada que envenena el amor, disuelve la amistad, aplasta la ternura, la chingada que divide, la chingada que separa, la chingada que destruye, la chingada que emponzoña: el coño erizado de serpientes y metal de la madre de piedra, la chingada: el eructo borracho del sacerdote en la pirámide, del señor en el trono, del jerarca en la catedral: humo, España y Anáhuac, humo, abonos de la chingada, excrementos de la chingada, mesetas de la chingada, sacrificios de la chingada, honores de la chingada, esclavitudes de la chingada, templos de la chingada, lenguas de la chingada: ¿a quién chingarás hoy, para existir?, ¿a quién mañana? ¿A quién chingarás: a quién usarás?: los hijos de la chingada son estos objetos, estos seres que tú convertirás en objetos de tu uso, tu placer, tu dominación, tu desprecio, tu victoria, tu vida: el hijo de la chingada es una cosa que tÚ usas: peor es nada

te fatigas

no la vences

oyes los murmullos de las otras oraciones que no escuchan tu propia oración: que no sea nuestra respuesta ni nuestra fatalidad: lávate de la chingada:

te fatigas

no la vences

. la has acarreado durante toda tu vida: esa cosa:

eres un hijo de la chingada

del ultraje que lavaste ultrajando a otros hombres

del olvido que necesitas para recordar

de esa cadena sin fin de nuestra injusticia

te fatigas

me fatigas; me vences; me obligas a descender contigo a ese infierno; quieres recordar otras cosas, no eso: me obligas a olvidar que las cosas serán, nunca que son, nunca que fueron: me vences con la chingada

te fatigas

reposa

sueña con tu inocencia

di que intentaste, que tratarás: que un día la violación te pagará con la misma moneda, te devolverá su otra cara: cuando quieras ultrajar como joven lo que debías agradecer como viejo: el día en que te darás cuenta de algo, del fin de algo: un día en que amanecerás —te venzo— y te verás al espejo y verás, al fin, que habrás dejado algo atrás: lo recordarás: el primer día sin juventud, primer día de un nuevo tiempo: fíjalo, lo fijarás, como una estatua, para poder verlo en redondo: apartarás las cortinas para que entre esa brisa temprana: ah, cómo te llenará, ah, te hará olvidar ese olor de incienso, ese olor que te persigue, ah, cómo te limpiará: no te permitirá insinuar siquiera la duda: no te conducirá al filo de esa primera duda:

1947: 11 DE SEPTIEMBRE

Él apartó las cortinas y respiró el aire limpio. Había entrado la brisa temprana, agitando las cortinas para anunciarse. Miró hacia afuera: estas horas del amanecer eran las mejores, las más despejadas, las de una primavera diaria. No tardaría en sofocarlas el sol palpitante. Pero a las siete de la mañana, la playa frente al balcón se iluminaba con una paz fresca y un contorno silencioso. Las olas apenas murmuraban y las voces de los escasos bañistas no alcanzaban a distraer el encuentro solitario del sol naciente, el océano tranquilo y la arena peinada por la marea. Apartó las cortinas y respiró el aire limpio. Tres chiquillos caminaban por la playa con sus cubetas, recogiendo los tesoros de la noche: estrellas, caracoles, maderos pulidos. Un velero se bamboleaba cerca de la costa; el cielo transparente se proyectaba sobre la tierra a través de un filtro del verde más pálido. Ningún automóvil corría por la avenida que separaba al hotel de la playa.

Dejó caer la cortina y caminó hacia el baño de azulejos moriscos. Miró en el espejo ese rostro hinchado por un sueño que, sin embargo, era tan breve, tan distinto. Cerró la puerta con suavidad. Abrió los grifos y taponó el lavabo. Arrojó la camisa del pijama sobre la tapa del excusado. Escogió una hoja nueva, la despojó de su envoltura de papel ceroso y la colocó en el rastrillo dorado. Luego dejó caer la navaja en el agua caliente, humedeció una toalla y se cubrió el rostro con ella. El vapor empañó el cristal. Lo limpió con una mano y encendió el cilindro de luz neón colocado sobre el espejo. Exprimió el tubo de un nuevo producto norteamericano, la crema de afeitar de aplicación directa; embarró la sustancia blanca y refrescante sobre las mejillas, el mentón y el cuello. Se quemó los dedos al sacar la navaja del agua. Hizo un gesto de molestia y con la mano izquierda extendió una mejilla y comenzó a afeitarse, de arriba abajo, con esmero, torciendo la boca. El vapor le hacía sudar; sentía correr las gotas por las costillas. Ahora se descañonaba lentamente y después se acariciaba el mentón para asegurarse de la suavidad. Volvió a abrir los grifos, a empapar la toalla, a cubrirse la cara con ella. Se limpió las orejas y se roció el rostro con una loción excitante que le hizo exhalar con placer. Limpió la hoja y volvió a colocarla en el rastrillo, y éste en su estuche de cuero. Tiró del tapón y contempló, por un instante, la succión del charco gris de jabón y vello emplastado. Observó las facciones: quiso descubrir al mismo de siempre, porque al limpiar de nuevo el vaho que empañaba el cristal, sintió sin saberlo —en esa hora temprana, de quehaceres insignificantes pero indispensables, de

malestares gástricos y hambres indefinidas, de olores indeseados que rodeaban la vida inconsciente del sueño— que había pasado mucho tiempo sin que, mirándose todos los días al espejo de un baño, se viera. Rectángulo de azogue y vidrio y Único retrato verídico de este rostro de ojos verdes y boca enérgica, frente ancha y pómulos salientes. Abrió la boca y sacó la lengua raspada de islotes blancos; luego buscó en el reflejo los huecos de los dientes perdidos. Abrió el botiquín y tomó los puentes que dormían en el fondo de un vaso con agua. Los enjuagó rápidamente y, dando la espalda al espejo, se los colocó. Embarró la pasta verdosa sobre el cepillo y se limpió los dientes. Hizo gárgaras y se desprendió del pantalón del pijama. Abrió los grifos de la regadera. Tomó la temperatura con la palma de la mano y sintió el chorro desigual sobre la nuca, mientras pasaba el jabón sobre el cuerpo magro, de costillas salientes, el estómago flácido y los músculos que aún conservaban cierta tirantez nerviosa, pero que ahora tendían a colgarse hacia adentro, de una manera que le parecía grotesca, si él no mantenía una vigilancia enérgica y postiza... y sólo cuando era observado, como estos días, por esas miradas impertinentes del hotel y la playa. Dio la cara a la regadera, cerró los grifos y se frotó con la toalla. Volvió a sentirse contento cuando se fregó el pecho y las axilas con el agua de lavanda y pasó el peine sobre la cabellera crespa. Tomó del closet el calzón de baño azul y la camisa blanca de polo. Calzó las zapatillas italianas de lona y cuerda y abrió con lentitud la puerta del baño.

La brisa continuaba agitando las cortinas y el sol no acababa de brillar: sería una lástima, una verdadera lástima que el día se echara a perder. En septiembre nunca se sabe. Miró hacia la cama matrimonial. Lilia seguía durmiendo, con esa postura espontánea, libre: la cabeza apoyada en el hombro y el brazo extendido sobre la almohada, la espalda al aire y una rodilla doblada, fuera de la sábana. Se acercó al cuerpo joven, sobre el cual esa luz primera jugaba grácilmente, iluminando el vello dorado de los brazos y los rincones húmedos de los párpados, los labios, la axila pajiza. Se agachó para mirar las perlas de sudor sobre los labios y sentir la tibieza que ascendía del cuerpo de un animalillo en reposo, tostado por el sol, inocentemente impúdico. Extendió los brazos, con el deseo de voltearla y ver el frente del cuerpo. Los labios entreabiertos se cerraron y la muchacha suspiró. Él bajó a desayunar.

Cuando terminó el café, se limpió los labios con la servilleta y miró a su alrededor. Siempre, a esta hora, parecían desayunar los niños, acompañados de las nanas. Las cabezas lisas y húmedas eran de los que no habían resistido la tentación de un baño antes del desayuno y ahora se disponían a regresar, con las trusas mojadas, a la playa que acogía ese tiempo sin tiempo en el que sólo la imaginación de cada niño daría el ritmo querido a las horas, largas o cortas, de castillos y murallas en construcción, de alegres prólogos de enterramiento, de paseos chapoteados y juegos revolcados, de cuerpos tendidos sin tiempo al tiempo del sol, de griterías en la envoltura intangible del agua. Era extraño verlos, tan niños, buscando ya en el espacio abierto la guarida

singular de un entierro ficticio, de un palacio de arena. Ahora se retiraban los niños y entraban los huéspedes adultos del hotel.

Encendió un cigarrillo y se dispuso a ese mareo leve que de unos meses a esta parte acompañaba siempre a la primera bocanada del día. Dirigió la mirada lejos del comedor, hacia la curva de la playa recortada que se iba serpenteando en espuma desde el extremo del océano abierto hasta la media luna más recogida de la bahía, ahora punteada de veleros y un rumor ascendente de actividad. Un matrimonio conocido pasó a su lado y le saludó con un gesto. Él inclinó la cabeza y volvió a tomar una bocanada de humo.

Aumentaron los ruidos del comedor: los cubiertos sobre los platos, las cucharillas batidas dentro de las tazas, las botellas destapadas y el burbujeo de agua mineral, las sillas acomodadas, las conversaciones de las parejas, de los grupos de turistas. Y el rumor creciente del oleaje, que no se resignaba a que lo venciera el rumor humano. Desde la mesa, se veía la explanada del nuevo frente moderno de Acapulco, levantado con premura para satisfacer la comodidad del gran número de viajeros norteamericanos a los que la guerra había privado de Waikiki, Portofino o Biarritz, y también para ocultar el traspacio chaparro, lodoso, de los pescadores desnudos y sus chozas con niños barrigones, perros sarnosos, riachuelos de aguas negras, triquina y bacilos. Siempre los dos tiempos, en esta comunidad jánica, de rostro doble, tan lejana de lo que fue y tan lejana de lo que quiere ser.

Fumaba, sentado, con un ligero entumecimiento en las piernas que ya no toleraban, ni siquiera a las once de la mañana, esta ropa veraniega. Se frotó disimuladamente la rodilla. Debía ser un frío dentro de él, porque la mañana estallaba en una sola luz redonda y el cráneo del sol hervía con un penacho naranja. Y Lilia entraba, con los ojos escondidos detrás de gafas oscuras. Él se puso de pie y acercó la silla a la muchacha. Hizo una seña al mozo. Notó el cuchicheo del matrimonio conocido. Lilia pidió papaya y café.

—¿Dormiste bien?

La muchacha asintió, sonrió sin separar los labios y acarició la mano morena del hombre, recortada sobre el mantel.

—¿No habrán llegado los periódicos de México? -dijo mientras recortaba en trocitos la rebanada de fruta— ¿Por qué no miras?

—Sí. Apúrate, que a las doce nos espera el yate.

—¿Dónde vamos a comer?

—En el Club.

El hombre caminó hacia la administración. Sí, sería un día como el de ayer, de conversación difícil, de preguntas y respuestas ociosas. Pero la noche, sin palabras, era otra cosa. ¿Por qué iba a pedir más? El contrato, tácito, no exigía verdadero amor, ni

siquiera una semblanza de interés personal. Quería una chica para las vacaciones. La tenía. El lunes todo terminaría, no la volvería a ver. ¿Quién iba a exigir más? Compró los diarios y subió a ponerse unos pantalones de franela.

En el automóvil, Lilia se metió en los periódicos y comentó algunas noticias de cine. Cruzó las piernas bronceadas y dejó que una zapatilla se le descolgara. Él encendió el tercer cigarrillo de la mañana, no le dijo que ese periódico lo editaba él, se distrajo observando los anuncios que coronaban los nuevos edificios y esa extraña transición del hotel de quince pisos y el restaurante de hamburguesas a la montaña rapada, de entrañas descubiertas por la pala mecánica, que caía con su vientre rojizo sobre la carretera.

Cuando Lilia saltó graciosamente a la cubierta y él trató de equilibrarse y al fin dio pie en el yate, el otro ya estaba allí y fue quien les dio la mano para que pasaran del muelle bamboleante.

—Xavier Adame.

Casi desnudo, con un traje de baño muy corto y el rostro oscuro, aceitado alrededor de los ojos azules y las cejas espesas y juguetonas. Tendió la mano con un movimiento de lobo inocente: audaz, cándido, secreto.

—Don Rodrigo dijo que si no les importaba compartir el barco conmigo.

Él asintió y buscó un lugar en la cabina sombreada. Adame le decía a Lilia:

— ... el viejo me lo tenía ofrecido desde hace una semana y luego se le olvidó...

Lilia sonrió y extendió la toalla sobre la popa asoleada.

—¿No apeteces nada? —le preguntó el hombre a Lilia cuando el mozo de a bordo se acercó con el carro de las bebidas y las botanas.

Lilia, acostada, dijo que no con un dedo. Él acercó el carro y picoteó las almendras mientras el mozo le preparaba un *gin-and-tonic*. Xavier Adame había desaparecido sobre el toldo de la cabina. Se escucharon sus pisadas firmes, un diálogo rápido con alguien que estaba sobre el muelle, después el movimiento del cuerpo al recostarse sobre el toldo.

El pequeño yate salió lentamente de la bahía. Él tomó su gorra con visera transparente y se reclinó a beber el *gin-and-tonic*.

Frente a él, el sol se untaba sobre Lilia. La muchacha deshizo el nudo del sostén y ofreció la espalda. Todo el cuerpo hizo un gesto de alegría. Levantó los brazos y se anudó el pelo suelto, de un cobrizo brillante, sobre la nuca. Un sudor finísimo le corría por el cuello, lubricando la carne suave y redonda de los brazos y la espalda lisa, de separación acentuada. La miraba desde el fondo de la cabina. Ahora se dormiría en la misma postura de la mañana. Recargada sobre el hombro, con una rodilla doblada. Vio que se había afeitado la axila. El motor arrancó y las olas se abrieron en dos crestas

veloces, levantando una llovizna salada, pareja, cortada, que caía sobre el cuerpo de Lilia. El agua de mar mojó el pantaloncillo de baño y lo pegó sobre las caderas y lo encajó entre las nalgas. Las gaviotas se acercaron, chirriando, a la nave veloz y él sorbió lentamente los popotes de su bebida. Ese cuerpo joven, lejos de excitarlo, lo llenaba de contención, de una especie de austeridad malévola. Jugaba, sentado sobre la silla de lona al fondo de la cabina, al aplazamiento de sus deseos, a su almacenamiento para la noche silenciosa y solitaria, cuando los cuerpos desaparecían en la oscuridad y no podían ser objeto de comparaciones. En la noche, sólo tendría para ella las manos experimentadas, amantes de la lentitud y la sorpresa. Bajó la mirada y vio esas manos morenas, de venas verdosas, prominentes que suplían el vigor y la impaciencia de otras edades.

Se encontraban en mar abierto. La costa deshabitada, de matorrales desgredados y bastiones de roca, levantaba sobre sí misma un reverberar ardiente. El yate dio un viraje en el mar picado y una ola se estrelló, empapó el cuerpo de Lilia: gritó alegremente y levantó el busto, detenido por esos botones rosados que parecían atornillar los senos duros. Volvió a recostarse. El mozo se acercó con una bandeja olorosa de ciruelas magulladas, duraznos y naranjas peladas. Él cerró los ojos y dio paso a una sonrisa difícil, impuesta por el pensamiento: ese cuerpo lúbrico, ese talle estrecho, esos muslos llenos, también llevaban escondidos en una célula ahora minúscula, el cáncer del tiempo. Maravilla efímera, ¿en qué se distinguiría, al cabo de los años, de este otro cuerpo que ahora la poseía? Cadáver al sol chorreando aceites y sudor, sudando su juventud rápida, perdida en un abrir y cerrar de ojos, capilaridad marchita, muslos que se ajarían con los partos y la pura, angustiosa permanencia sobre la tierra y sus rutinas elementales, siempre repetidas, exhaustas de originalidad. Abrió los ojos. La miró.

Xavier se descolgó del toldo. Él vio aparecer las piernas velludas, luego el nudo del sexo escondido, en fin los pechos ardientes. Sí: caminaba como lobo, al agacharse para entrar a la cabina abierta y tomar dos duraznos del platón depositado sobre una fuente de hielo. Le dirigió una sonrisa y salió con la fruta empuñada. Se puso en cuclillas frente a Lilia, con las piernas abiertas frente al rostro de la muchacha; le tocó el hombro. Lilia sonrió y tomó uno de los duraznos ofrecidos con unas palabras que él no pudo entender, sofocadas por el motor, la brisa, las olas veloces. Ahora esas dos bocas mascaban a un tiempo y el jugo les escurría por las barbillas. Si al menos... Sí. El joven cerró las piernas y se recargó, extendiéndolas, a babor. Levantó los ojos sonrientes, frunciendo el ceño, al cielo blanco del mediodía. Lilia lo miraba y movía los labios. Xavier indicó algo, movió el brazo y señaló hacia la costa. Lilia trataba de mirar hacia allá, tapándose los senos. Xavier se volvió a acercar y ambos rieron cuando él le amarró el sostén de tela y ella se sentó con el busto húmedo y dibujado y se tapó la frente con una mano para ver lo que él señalaba en la línea lejana de una playuela caída, como una concha amarilla, entre el espesor de la selva. Xavier se puso

de pie y gritó una orden al lanchero. El yate dio un nuevo viraje y enfiló hacia la playa. La joven también se recostó a babor y acercó el bolso para ofrecerle un cigarrillo a Xavier. Hablaban.

Él veía los dos cuerpos, sentados lado a lado, parejamente oscuros y parejamente lisos, hechos de una sola línea sin interrupciones, de la cabeza a los pies extendidos. Inmóviles pero tensos con una espera segura; identificados en su novedad, en su afán apenas disimulado de probarse, de exponerse. Sorbió los popotes y se puso las gafas negras, que unidas a la gorra de visera casi disfrazaban el rostro.

Hablaban. Terminaban de chupar el hueso del durazno y dirían:

"Sabe bien", o quizá,

"Me gusta... ",

algo que nadie había dicho antes, dicho por cuerpos, por presencias que estrenaban la vida. Dirían...

—¿Por qué no nos hemos visto antes? Yo siempre ando por el Club...

—No, yo no... Anda, vamos a tirar los huesos. A la una...

Los vio arrojar los huesos a un tiempo, con una risa que no llegó hasta él; vio la fuerza de los brazos.

—¡Te gané! —dijo Xavier cuando los huesos se estrellaron sin ruido, lejos del yate. Ella rió. Volvieron a acomodarse.

—¿Te gusta esquiar?

—No sé.

—Ándale, te enseño...

¿Qué dirían? Tosió y acercó el carro para prepararse otra bebida. Xavier averiguaría la clase de pareja que formaban Lilia y él. Ella contaría su pequeña y sórdida historia. Él se encogería de hombros, la obligaría a preferir el cuerpo de lobo, por lo menos para una noche, para variar. Pero amarse... amarse...

—Es cuestión de mantener los brazos rígidos, ¿ves?, no .doblar los brazos...

—Primero veo cómo lo haces tú...

—Cómo no. Deja que lleguemos a la playita.

¡Ah, sí! Ser joven y rico.

El yate se detuvo a unos metros de la playa escondida. Se meció, cansado, y dejó escapar su aliento de gasolina, manchando el mar de cristales verdes y fondo blanco. Xavier tomó los esquíes y los arrojó al agua; después se zambulló, emergió sonriendo y los calzó.

—¡Tírame la cuerda!

La muchacha buscó la agarradera y la arrojó al joven. El yate volvió a arrancar y Xavier se levantó del agua, siguiendo la estela de la nave con un brazo de saludo en alto mientras Lilia lo contemplaba y él bebía el *gin-and-tonic*: esa franja de mar que separaba a los jóvenes los acercaba de una manera misteriosa; los unía más que una cópula apretada y los fijaba en una cercanía inmóvil, como si el yate no surcara el Pacífico, como si Xavier fuese una estatua esculpida para siempre, arrastrada por la nave, como si Lilia se hubiese detenido sobre una, cualquiera, de las olas que en apariencia carecían de sustancia propia, se levantaban, se estrellaban, morían, volvían a integrarse otras las mismas- siempre en movimiento y siempre idénticas, fuera del tiempo, espejo de sí mismas, de las olas del origen, del milenio perdido y del milenio por venir. Hundió el cuerpo en ese sillón bajo y cómodo. ¿Qué iba a elegir ahora? ¿Cómo escaparía a ese azar colmado de necesidades que huían del dominio de su voluntad?

Xavier soltó la agarradera y cayó al mar frente a la playa. Lilia se zambulló sin mirarlo, sin mirarlo a él. Pero la explicación llegaría. ¿Cuál? ¿Lilia le explicaría a él? ¿Xavier le pediría una explicación a Lilia? ¿Lilia le daría una explicación a Xavier? Cuando la cabeza de Lilia, iluminada en mil vetas extrañas por el sol y el mar, apareció en el agua junto a la del joven, supo que nadie, salvo él, osaría pedir una explicación; que allá abajo, en el mar tranquilo de esta rada transparente, nadie buscaría las razones o detendría el encuentro fatal, nadie corrompería lo que era, lo que debía ser. ¿Qué cosa se levantaba entre los jóvenes? ¿Este cuerpo hundido en la silla, vestido con camisa de polo, pantalón de franela y gorra de visera? ¿Esta mirada impotente? Allá abajo, los cuerpos nadaban en silencio y la borda le impedía ver lo que sucedía. Xavier chifló. El yate arrancó y Lilia apareció, por un instante, sobre la superficie del mar. Cayó; el yate se detuvo. Las risas redondas, abiertas, llegaron hasta su oído. Nunca la había escuchado reír así. Como si acabara de nacer, como si no hubiera atrás, siempre atrás, lápidas de historia e historias, sacos de vergüenza, hechos cometidos por ella, por él.

Por todos. Ésa era la palabra intolerable. Cometidos por todos. La mueca agria no pudo contener esa palabra que le desbordaba. Que rompía todos los resortes del poder y la culpa, del dominio singular de otros, de alguien, de una muchacha en su poder, comprada por él, para hacerlos ingresar a un mundo ancho de actos comunes, destinos similares, experiencias sin etiquetas de posesión. ¿Entonces esa mujer no había sido marcada para siempre? ¿No sería, para siempre, una mujer poseída ocasionalmente por él? ¿No sería ésa su definición y su fatalidad: ser lo que fue porque en un momento dado fue suya? ¿Podía Lilia amar como si él nunca hubiese existido?

Se incorporó, caminó hacia la popa y gritó: —Se hace tarde. Hay que regresar al Club para comer a tiempo.

Sintió su propio rostro, toda su figura, rígidos y cubiertos de un almidón pálido cuando se dio cuenta de que su grito no era escuchado por nadie, pues mal podían oír

dos cuerpos ligeros que nadaban bajo el agua opalina, paralelos, sin tocarse, como si flotaran en una segunda capa de aire.

Xavier Adame los dejó en el muelle y volvió al yate: quería seguir esquiando. Se despidió desde la proa. Agitó la blusa y en sus ojos no había nada de lo que él hubiese querido ver. Como durante el almuerzo a la orilla de la rada, bajo el techo de palma, hubiese querido ver lo que no encontró en los ojos castaños de Lilia. Xavier no había preguntado. Lilia no había contado esa triste historia de melodrama que él saboreaba para sus adentros mientras distinguía los sabores mezclados del *Viechysoisse*. Ese matrimonio de clase media, con el lépero de siempre, el machito, el castigador, el pobre diablo; el divorcio y la putería. Quisiera contárselo —ah, quizá debiera contárselo— a Xavier. Le costaba recordar la historia, sin embargo, porque había huido de los ojos de Lilia, esta tarde, como si durante la mañana el pasado hubiese huido de la vida de la mujer.

Pero el presente no podía huir porque lo estaban viviendo, sentados sobre esos sillones de paja y comiendo mecánicamente el almuerzo especialmente ordenado: *Viehysoisse*, langosta, *Côtes du Rhone*, *Baked Alaska*. Estaba sentada allí, pagada por él. Detuvo el pequeño tenedor de mariscos antes de llegar a la boca: pagada por él, pero se le escapaba. No podía tenerla más. Esa tarde, esa misma noche, buscaría a Xavier, se encontrarían en secreto, ya habían fijado la cita. y los ojos de Lilia, perdidos en el paisaje de veleros y agua dormida, no decían nada. Pero él podría sacárselo, hacer una escena ... Se sintió falso, incómodo y Siguió comiendo la langosta ... Ahora cuál camino ... un encuentro fatal que se sobrepone a su voluntad ... Ah, el lunes todo terminaría, no la volvería a ver, no volvería a buscarla a oscuras, desnudo, seguro de encontrar esa tibieza reclinada entre las sábanas, no volvería ...

—¿No tienes sueño? —murmuró Lilia cuando les sirvieron el postre-o ¿No te da mucha modorra el vino?

—Sí. Un poco. Sírrete.

—No; no quiero helado... Quisiera dormir la siesta.

Al llegar al hotel, Lilia se despidió con una seña de los dedos y él atravesó la avenida y pidió a un muchacho que le colocase una silla bajo la sombra de las palmeras. Le costó encender el cigarrillo: un viento invisible, sin localización en la tarde calurosa, se empeñaba en apagarle los fósforos. Ahora algunas parejas jóvenes sesteaban cerca de él, abrazadas, algunas entrelazando las piernas, otras con las cabezas escondidas debajo de las toallas. Comenzó a desear que Lilia bajase y recostara su cabeza sobre las rodillas enfraneladas, delgadas, duras. Sufría o se sentía herido, molesto, inseguro. Sufría con el misterio de ese amor que no podía tocar. Sufría con el recuerdo de esa complicidad inmediata, sin palabras, pactada ante su mirada con actitudes que en sí nada decían, pero que en presencia de ese hombre, de ese hombre hundido en una silla de lona, hundido detrás de la visera, las gafas oscuras... Una de las

jóvenes recostadas se desperezó con un ritmo lánguido en los brazos y empezó a chorrear, con la mano, una lluvia de arena fina sobre el cuello de su compañero. Gritó cuando el joven saltó fingiendo cólera y la tomó del talle. Los dos rodaron por la arena; ella se levantó y corrió; él detrás, hasta volver a tomarla, jadeante, nerviosa y llevarla en brazos hacia el mar. Él se despojó de las zapatillas italianas y sintió la arena caliente bajo la planta de los pies. Recorrer la playa, hasta su fin, solo. Caminar con la mirada puesta en sus propias huellas, sin advertir que la marea las iba borrando y que cada nueva pisada era el único, efímero testimonio de sí misma.

El sol estaba a la altura de los ojos.

Los amantes salieron del mar —él, confuso, no pudo medir el tiempo de ese coito prolongado, casi a la vista de la playa, pero arropado en la sábanas del mar argentino del Poniente— y aquel alarde juguetón con el que entraron al agua sólo era, esta vez, dos cabezas unidas en silencio y la mirada baja de esa muchacha espléndida, morena, joven... Joven. Los jóvenes volvieron a recostarse, tan cerca de él, y a taparse las cabezas con la misma toalla. También se cubrían de la noche, la lenta noche del trópico. El negro que alquilaba las sillas empezó a recogerlas. Él se levantó y caminó hacia el hotel.

Decidió darse un chapuzón en la piscina antes de subir. Entró al desvestidor situado junto a la alberca y volvió a quitarse, sentado sobre un banco, las zapatillas. Los *closets* de fierro donde se guardaba la ropa de los huéspedes lo escondían. Se escucharon unos pasos húmedos sobre el tapete de goma, a espaldas de él; unas voces sin respiración rieron; se secaron los cuerpos con las toallas. Él se quitó la camisa de polo. Del otro lado *del locker*, se levantó un olor penetrante de sudor, tabaco negro yagua de colonia. Una fumarola voló hacia el techo.

—Hoy no aparecieron la bella y la bestia.

—No hoy no.

—Está cuerísimo la vieja...

—Lástima. El pajarraco ese no le ha de cumplir.

—De repente se muere de apoplejía.

—Sí. Apúrate.

Volvieron a salir. Él calzó las zapatillas y salió poniéndose la camisa.

Subió por la escalera a la recámara. Abrió la puerta. No tenía de qué sorprenderse. Allí estaba la cama revuelta de la siesta, pero Lilia no. Se detuvo a la mitad del cuarto. El ventilador giraba como un zopilote capturado. Afuera, en la terraza, otra noche de grillos y luciérnagas. Otra noche. Cerró la ventana para impedir que el olor escapara. Sus sentidos tomaron ese aroma de perfume recién derramado, sudor, toallas mojadas, cosméticos. No eran esos sus nombres. La almohada, aún hundida, era jardín, fruta,

tierra mojada, mar. Se movió lentamente hacia el cajón donde ella... Tomó entre las manos el sostén de seda, lo acercó a la mejilla. La barba naciente lo raspó. Debía estar preparado. Debía bañarse, afeitarse de nuevo para esta noche. Soltó la prenda y caminó con un nuevo paso, otra vez contento, hacia el baño.

Prendió la luz. Abrió el grifo del agua caliente. Arrojó la camisa sobre la tapa del excusado. Abrió el botiquín. Vio esas cosas de los dos. Tubos de pasta dental, crema de afeitar mentolada, peines de carey, *cold cream*, tubo de aspirina, pastillas contra la acidez, tapones higiénicos, agua de lavanda, hojas de afeitar azules, brillantina, colorete, píldoras contra los espasmos, gargarizante amarillo, preservativos, leche de magnesia, bandas adhesivas, botella de yodo, frasco de *shampoo*, pinzas, tijeras para las uñas, lápiz labial, gotas para los ojos, tubo nasal de eucalipto, jarabe para la tos, desodorante. Tomó la navaja. Estaba llena de vellos castaños, gruesos, prendidos entre la hoja y el rastrillo. Se detuvo con la navaja entre las manos. La acercó a los labios y cerró, involuntariamente, los ojos. Al abrirlos, ese viejo de ojos inyectados, de pómulos grises, de labios marchitos, que ya no era el otro, el reflejo aprendido, le devolvió una mueca desde el espejo.

Yo los veo. Han entrado. Se abre, se cierra la puerta de caoba y los pasos no se escuchan sobre el tapete hondo. Han cerrado las ventanas. Han corrido, con un siseo, las cortinas grises. Yo quisiera pedirles que las abrieran, que abrieran las ventanas. Hay un mundo afuera. Hay este viento alto, de meseta, que agita unos árboles negros y delgados. Hay que respirar. .. Han entrado.

—Acércate, hijita, que te reconozca. Dile tu nombre.

Huele bien. Ella huele bonito. Ah, sí, aún puedo distinguir las mejillas encendidas, los ojos brillantes, toda la figura joven, graciosa, que a pasos cortados se acerca a mi lecho.

—Soy... soy Gloria...

—Esa mañana lo esperaba con alegría. Cruzamos el río a caballo.

—¿Ves en qué terminó? ¿Ves, ves? Igual que mi hermano. Así terminó.

—¿Te sientes aliviada? Hazlo.

—*Ego te absolvo...*

El ruido fresco y dulce de billetes y bonos nuevos cuando los toma la mano de un hombre como yo. El arranque suave de un automóvil de lujo, especialmente construido, con clima artificial, bar, teléfono, cojines para la cintura y taburetes para los pies ¿eh, cura, eh?, ¿también allá arriba, eh? y ese cielo que es el poder sobre los hombres, incontables, de rostros escondidos, de nombres olvidados: apellidos de las mil nóminas de la mina, la fábrica, el periódico: ese rostro anónimo que me lleva mañanitas el día de mi santo, que me esconde los ojos debajo del casco cuando visito las excavaciones, que me doblega la nuca en signo de cortesía cuando recorro los

campos, que me caricaturiza en las revistas de oposición: ¿eh, eh? Eso sí existe, eso sí es mío. Eso sí es ser Dios, ¿eh?, ser temido y odiado y lo que sea, eso sí es ser Dios, de verdad, ¿eh? Dígame cómo salvo todo eso y lo dejo cumplir todas sus ceremonias, me doy golpes en el pecho, camino de rodillas hasta un santuario, bebo vinagre y me coronó de espinas. Dígame cómo salvo todo eso, porque el espíritu...

— ... del hijo, y del espíritu santo, amén ...

Allí sigue, de rodillas, con la cara lavada. Trato de darle la espalda. El dolor de costado me lo impide. Aaaay. Ya habrá terminado. Estaré absuelto. Quiero dormir. Allí viene la punzada. Allí viene. Aaaaah-ay. Y las mujeres. No, no éstas. Las mujeres. Las que aman. ¿Cómo? Sí. No. No sé. He olvidado ese rostro. Por Dios, he olvidado el rostro. Era mío, cómo lo voy a olvidar.

"—Padilla... Padilla ... Llámeme al jefe de información y a la cronista de sociales."

Tu voz, Padilla, la recepción hueca de tu voz a través de ese interfón...

"—Sí, don Artemio. Don Artemio, hay un problema urgente. Los indios esos andan agitando. Quieren que se les pague la deuda por talar sus bosques.

"—¿Qué? ¿Cuánto es? "

—Medio millón.

"—¿Nada más? Dígame al comisario ejidal que me los meta en cintura, que para eso le pago. Sólo faltaba...

"—Aquí está Mena en la antesala. ¿Qué le digo?

"—Hágalo pasar."

Ah Padilla, no puedo abrir los ojos y verte, pero puedo ver tu pensamiento Padilla, detrás de la máscara de dolor: el hombre que agoniza se llama Artemio Cruz, nada más Artemio Cruz; sólo este hombre muere, ¿eh?, nadie más. Es como un golpe de suerte que aplaza las otras muertes. Esta vez sólo muere Artemio Cruz. Y esa muerte puede serlo en lugar de otra, quizá de la tuya, Padilla... ¡Ah! No. Tengo cosas por hacer todavía. No estén tan seguros, no...

—Te dije que se estaba haciendo.

—Déjalo descansar.

—¡Te digo que se está haciendo!

Yo las veo, de lejos. Sus dedos abren apresuradamente el segundo fondo, deslizándole de la base con respeto. No hay nada. Pero yo ya agito el brazo, señalando hacia el muro de encino, el largo *closet* que abarca todo un costado de la recámara. Ellas corren hacia allá, corren todas las puertas, corren todos los ganchos cargados de trajes azules, a rayas, de dos botones, de pelusa irlandesa, sin recordar que no son mis trajes, que mi ropa está en mi casa, corren todos los ganchos mientras yo les indico, con

las dos manos que apenas puedo mover, que quizá el documento está guardado en una de las bolsas interiores derechas de algún traje. Crece la premura de Teresa y Catalina, hurgan ya sin recato, arrojan a la alfombra los sacos vacíos, hasta que los revisan todos y me dan las caras. No puedo mantener una cara más seria. Estoy parapetado por los almohadones y respiro con dificultad, pero mi mirada no pierde un solo detalle. La siento veloz y ávida. Pido con la mano que se acerquen:

—Ya recuerdo... en un zapato... ya recuerdo bien...

Verlas a las dos en cuatro patas, sobre el reguero de sacos y pantalones, ofreciéndome sus anchas caderas, moviendo las nalgas con un jadeo obsceno, entre mis zapatos, y sólo entonces la agria dulzura nubla mis ojos, me llevo la mano al corazón y cierro los párpados.

—Regina...

El murmullo de indignación y esfuerzo de las dos mujeres se va perdiendo en la oscuridad. Muevo los labios para murmurar aquel nombre. No hay mucho tiempo para recordar ya, para recordar al otro, al que amó... Regina ...

"—Padilla... Padilla ... Quiero comer algo ligero ... No estoy muy bien del estómago. Venga a acompañarme en cuanto eso esté listo... "

¿Cómo? Seleccionas, construyes, haces, preservas, continuas: nada más... Yo ...

"—Sí, hasta pronto. Mis respetos. "

—Bien hablado, señor. Es fácil aplastarlos. "

—No, Padilla, no es fácil. Pásame ese platón... ése, el de los *sandwichitos*... Yo he visto a esta gente en marcha. Cuando se deciden, es difícil contenerlos... "

¿Cómo iba la canción? Desterrado me fui para el Sur, desterrado por el gobierno y al año volví; ay qué noches tan intranquilas paso sin ti, sin ti; ni un amigo ni un pariente que se duela; sólo el amor, sólo el amor, de esa mujer, me hizo volver...

"—Por eso hay que actuar ahora, cuando el descontento contra nosotros nace, y aplastarlos de raíz. Carecen de organización y se están jugando el todo por el todo. Éntrele, éntrele a los *sandwichitas*, que hay para dos...

"—Agitación estéril..."

Tengo mi par de pistolas con su cacha de marfil para agarrarme a balazos con los del ferrocarril yo soy rielera tengo mi Juan él es mi encanto yo soy un querer: si porque me ves con botas piensas que soy militar soy un pobre rielero del ferrocarril central.

"—No, si tienen razón. y no la tienen. Pero usted, que fue marxista allá en sus mocedades, ha de entender mejor. Usted, téngale miedo a lo que está pasando. Yo ya no...

Allí afuera está Campanela."

¿Qué dijeron? ¿quiste? ¿hemorragia? ¿hernia? ¿oclusión? ¿perforación? ¿vólvulos? ¿cólicos?

Ah, Padilla, yo debo tocar un botón porque tú entras, Padilla, no te veo porque tengo los ojos cerrados, tengo los ojos cerrados porque no me fío ya de ese parche minúsculo, imperfecto, de mi retina: ¿qué tal si abro los ojos y la retina ya no recibe nada, ya no traslada nada al cerebro?, ¿qué tal?

—Abran la ventana.

—Te echo la culpa. Igual que mi hermano.

Sí.

Tú no sabrás, no entenderás por qué Catalina, sentada a tu lado, quiere compartir contigo ese recuerdo, ese recuerdo que quiere imponerse a todos los demás: ¿tú en esta tierra, Lorenzo en aquélla?, ¿qué es lo que quiere recordar?, ¿tú con Gonzalo en esta prisión?, ¿Lorenzo sin ti en aquella montaña?: no sabrás, no entenderás si tú eres él, si él será tú, si aquel día lo viviste sin él, con él, él por ti, tú por él. Recordarás. Sí, aquel último día tú y él estuvieron juntos —entonces no vivió aquello él por ti, o tú por él, estuvieron juntos— en aquel lugar. Él te preguntó si iban juntos hasta el mar; iban acaballo; te preguntó si irían juntos, a caballo, hasta el mar: te preguntará dónde iban a comer y te dijo —te dirá— papá, sonreirá, levantará el brazo con la escopeta y saldrá del vado con el torso desnudo, sosteniendo en alto la escopeta y las mochilas de lona. Ella no estará allí. Catalina no recordará eso. Por eso tú tratarás de recordarlo, para olvidar lo que ella quiere que tú recuerdes. Ella vivirá encerrada y temblará cuando él regrese, por unos días, a la ciudad de México, a despedirse. Si sólo regresara a despedirse. Ella lo cree. Él no lo hará. Tomará el vapor en Veracruz, se irá. Se irá. Ella deberá recordar esa alcoba donde los humores del sueño pugnan por permanecer aunque el aire de la primavera entre por el balcón abierto. Ella deberá recordar las camas separadas, los cuartos separados, las cabeceras de seda, las sábanas revueltas de los dos cuartos separados, la depresión de los colchones, la silueta persistente de los que durmieron en esas camas. Ella no podrá recordar las ancas de la yegua, semejantes a dos joyas negras, lavadas por el río legamoso. Tú sí. Al cruzar el río, tú y él distinguirán en la otra ribera un espectro de tierra levantado sobre la fermentación brumosa de la mañana. Esa lucha de la manigua oscura y el sol ardiente se incorporará en un reflejo doble de todas las cosas, en un fantasma de la humedad abrazada a la reverberación. Olerá a plátano. Será Cocuya. Catalina nunca sabrá qué fue, qué es, qué será Cocuya. Ella se sentará a esperar al borde del lecho, con el espejo en una mano y el cepillo en la otra, desgana, con el sabor de bilis en la boca, decidiendo que permanecerá así, sentada, con la mirada perdida, sin ganas de hacer nada, diciéndose que así la dejan siempre las escenas: vacía. No: sólo tú y él sentirán los cascotes del caballo sobre la tierra porosa de la ribera. También, al salir del agua, sentirán la frescura mezclada con el hervor de la selva y mirarán hacia atrás: ese río lento que

remueve con dulzura los líquenes de la otra orilla. Y más lejos, al fondo del sendero de tabachines en flor, pintado de nuevo, el casco de la hacienda de Cocuya asentado sobre una explanada sombreada. Catalina repetirá: "Dios mío, no merezco esto"; levantará el espejo y se preguntará si eso es lo que verá Lorenzo cuando regrese, si regresa: esa deformidad creciente del mentón y el cuello. ¿Se dará cuenta de las arrugas disfrazadas que empezarán a correrle por los párpados y las mejillas? Verá en el espejo otra cana y la arrancará. Y tú, con Lorenzo a tu lado, te internarás en la selva. Verás frente a ti la espalda desnuda de tu hijo, que también alternará las sombras del manglar con los rayos granulados del sol que atravesará el tupido techo de ramas. Las raíces nudosas de los árboles romperán la costra de la tierra, se asomarán bravas y torcidas, a lo largo del sendero abierto por el machete. Un sendero que en poco tiempo volverá a enredarse de lianas. Lorenzo trotará erguido, sin mover la cabeza, chicoteando los flancos de la yegua para espantar a las moscas zumbonas. Catalina se repetirá que no le tendrá confianza, no le tendrá confianza si no la ve como antes, como cuando era niño, y se recostará con un gemido, con los brazos abiertos, con la mirada nublada y dejará escapar de los pies las zapatillas de seda y pensará en su hijo, tan parecido al padre, tan delgado, tan oscuro. Tronarán las ramas secas bajo los cascos y se abrirá la llanura blanca con sus copetes de caña ondulante. Lorenzo apretará las espuelas. Volteará el rostro y sus labios se separarán en una sonrisa que llegará a tus ojos acompañada de un grito de alegría y el brazo levantado: brazo fuerte, piel oliva, sonrisa blanca como las de tu juventud: tú recordarás tu juventud por él y por estos lugares y no querrás decirle a Lorenzo cuánto significa para ti esta tierra porque de hacerlo quizá forzarías su afecto: recordarás para recordar dentro del recuerdo. Catalina, sobre la cama, recordarás las caricias infantiles de Lorenzo, desde los días duros de la muerte del viejo Gamaliel, recordará al niño arrodillado junto a ella, con la cabeza recostada sobre el regazo de la madre, mientras ella lo llamaba alegría de su vida, porque antes de que él naciera no, había sufrido mucho, y sin poder decirlo, porque ella tenía deberes sagrados y el niño la miraba sin comprender: porque, porque, porque: Tu traerás a Lorenzo a vivir aquí para que aprenda a querer esta tierra por sí mismo, sin necesidad de que tú le expliques los motivos del cariñoso empeño con que habrás reconstruido las paredes incendiadas de la hacienda y abierto al cultivo los suelos de la llanura. No porque, sin porque, porque. Saldrán al sol. Tú tomarás el sombrero de anchas alas, te lo pondrás sobre la cabeza. El viento arrancado por el galope a la atmósfera quieta y reverberante te llenará la boca, los ojos, la cabeza: Lorenzo se adelantará, levantando un polvo blanco, por el camino abierto entre los plantíos y detrás de él, al galope, tú tendrás la seguridad de que ambos sienten lo mismo: la carrera ensancha las venas, hace que la sangre fluya, alimenta el poder de la vista, la abre sobre esta tierra ancha y saviosa, tan distinta de las mesetas, de los desiertos que conocerás, parcelada en grandes cuadros, rojos, verdes, negros, punteada de altas palmeras, turbia y honda, olorosa a excrementos y cáscaras de fruta, que devuelve sus sentidos labrados a los sentidos despiertos, exaltados de tu hijo y de ti mismo, tú y tu

hijo que corren velozmente y salvan del torpor todos los nervios, todos los músculos olvidados del cuerpo. Tus espuelas rayarán el vientre del otero, hasta sangrarlo: sabrás que Lorenzo quiere carrera. Su mirada interrogante cortará las frases de Catalina. Ella se detendrá, se preguntará hasta dónde puede llegar, se dirá que es cuestión de tiempo, de ir develando las razones poco a poco, sí, hasta que él las entienda bien. Ella sentada en el sillón y él a sus pies, con los brazos recargados sobre las rodillas. La tierra tronará bajo los cascos; tú agacharás la cabeza, como si quisieras acercarla a la oreja del caballo y acicatearlo con palabras, pero hay ese peso, ese peso del yaqui que será recostado, boca abajo, sobre las ancas de la misma bestia, el yaqui que alargará un brazo para prenderse a tu cinturón: el dolor te adormecerá: el brazo y la pierna te colgarán inertes y el yaqui seguirá abrazándote la cintura y gimiendo con el rostro congestionado: se sucederán los túmulos de roca y ustedes marcharán cobijados por las sombras, en el cañón de la montaña, descubriendo valles interiores de piedra, hondas barrancas que descansan sobre cauces abandonados, caminos de abrojos y matorrales: ¿quién recordará contigo? ¿Lorenzo sin ti en aquella montaña? ¿Gonzalo contigo en este calabozo?:

1915: 22 DE OCTUBRE

Él se envolvió en la manta azul, porque el viento helado de esas horas desmentía, con un rumor de rastrojo agitado, el calor vertical del día. Habían pasado toda la noche en campo abierto, sin comer. A menos de dos kilómetros se levantaban las coronas de basalto de la sierra, con la raíz hundida en el desierto duro. Desde tres días antes, el destacamento de exploración caminaba sin pedir rumbo ni señas, guiado sólo por el olfato del capitán, que creía conocer las mañas y las rutas de las columnas, ahora jironeadas y en fuga, de Francisco Villa. Detrás, a sesenta kilómetros de distancia, quedaron las fuerzas que sólo esperaban la llegada, a matacaballo, de un emisario del destacamento para lanzarse sobre los restos de Villa e impedirles que se unieran con tropas frescas en Chihuahua. Pero, ¿dónde estarían esos jirones del cabecilla? Él creía saberlo: en algún vericuesto de la montaña, siguiendo el camino más difícil. Al cuarto día —éste- el destacamento debería internarse en la Sierra mientras las fuerzas leales a Carranza avanzaban hacia el lugar que, al alba, él y sus hombres habrían de dejar. Desde ayer, se habían agotado las bolsas de pinole. Y el sargento que al anochecer salió a caballo, cargando con las cantimploras de todo el destacamento, hacia el riachuelo que se derrumbaba por las rocas y se agotaba al primer contacto con el desierto, no lo encontró. Sí pudo ver el cauce de vetas rojizas, limpio y arrugado, vacío. Y es que dos años antes habían pasado por este mismo lugar en época de aguas y ahora sólo un astro redondo se mecía, del alba al crepúsculo, sobre las cabezas hirvientes de los soldados. Habían acampado sin prender lumbres; algún vigía podría distinguirlos desde la montaña. Además, no era necesario. Ningún alimento se cocinaría, y en la inmensidad del llano desértico, mal podría calentar a nadie una fogata aislada. Envuelto en el sarape, él se acarició el rostro delgado: la prolongación del bigote crespo en la barba de los últimos días; las incrustaciones de polvo en las comisuras de los labios, en las cejas, en el caballete de la nariz. Dieciocho hombres formaban el campo, a unos metros del jefe: él duerme o vigila solo, siempre, con un tramo de tierra que lo separa de sus hombres. Cerca, las crines de los caballos se agitaban con el viento y sus siluetas negras se recortaban sobre la piel amarilla de la tierra. Quería ascender: el nacimiento del arroyo estaba en la montaña y entre sus rocas se formaba ese derrame de frescura breve y solitario. Quería ascender: el enemigo no debía andar lejos. Su cuerpo se sintió tenso esa noche. El ayuno y la sed le ahondaron y abrieron más los ojos, esos ojos verdes de mirada pareja y fría.

La máscara teñida de polvo permaneció fija y despierta. Esperaba la primera línea del alba para ponerse en marcha: al cuarto día, de acuerdo con lo convenido. Casi nadie dormía, porque lo miraban de lejos, sentado con las rodillas dobladas, envuelto en la manta, inmóvil. Los que intentaban cerrar los ojos luchaban contra la sed, el hambre y el cansancio. Los que no miraban al capitán miraban la fila de caballos con los tupés doblados. Las bridas fueron amarradas a un mezquite grueso que emergía, como un dedo perdido, de la tierra. Hacia la tierra miraban los caballos cansados. El sol debía aparecer detrás de la montaña. Ya era tiempo.

Todos esperaban ese momento en que el jefe se incorporó, arrojó el sarape azul y descubrió el pecho cargado de cananas, la hebilla brillante de la túnica de oficial, las polainas de cuero de marrano. Sin decir palabra, el destacamento se puso de pie y se acercó a las cabalgaduras. Tenía razón el capitán: el resplandor abanicado apareció detrás de las cimas más bajas y lanzó un arco de luz que corearon los pajarillos invisibles, lejanos, pero dueños del vasto silencio de la tierra abandonada. Él le hizo una señal al yaqui Tobías y le dijo en su idioma: —Tú te quedas hasta atrás, para que, en cuanto divisemos al enemigo, salgas a la carrera a avisar.

El yaqui asintió, colocándose el sombrero chaparro, de copa redonda, adornado por una pluma roja clavada en la banda. El capitán saltó a la silla y la fila de hombres inició el trote ligero hacia la puerta de la Sierra: el cañón de desfiladeros ocres.

Tres cornisas se volaban en el corte del cañón. La tropa agarró hacia la segunda: la menos ancha, pero capaz de admitir el paso de las cabalgaduras en fila india: la que conducía al surtidor. Las cantimploras vacías golpeaban hueco los muslos de los hombres; la caída de los pedruscos bajo las herraduras repetía ese sonido vacío y hondo, que se perdía sin ecos, con el único golpe seco de un tambor estirado, a lo largo del cañón. Desde lo alto del desfiladero, la corta columna se veía cabizbaja, avanzando a tientas. Sólo él mantenía la vista en las cimas, guiñando los ojos contra el sol, dejando que el caballo atendiera los accidentes del suelo. Al frente del destacamento, no sentía temor ni orgullo. El miedo había quedado atrás, no en los primeros, sino en los repetidos encuentros que habían hecho del peligro la vida habitual y de la tranquilidad el elemento sorprendente. Por eso, este silencio total del cañón le alarmaba en secreto y por eso apretaba las riendas y, sin darse cuenta, preparaba los músculos del brazo y de la mano para tomar velozmente la pistola. Creía no conocer la soberbia. El temor antes, la costumbre después, lo habían impedido. No podía sentir orgullo cuando las primeras balas le silbaban cerca del oído y esa vida milagrosa se imponía cada vez que el proyectil perdía el blanco: entonces sólo podía sentir asombro ante la sabiduría ciega de su cuerpo para esquivar, para levantarse o agacharse, para esconder el rostro detrás de un tronco de árbol; asombro y desprecio, cuando pensaba en la tenacidad con que el cuerpo, más veloz que la voluntad, se defendía a sí mismo. No podía sentir orgullo cuando, más tarde, ni siquiera escuchaba ese silbido pertinaz,

acostumbrado. Sólo vivía una zozobra, dominada y seca, en estos momentos en que la tranquilidad imprevista le rodeaba. Adelantó la quijada, con el gesto de la duda.

El silbido insistente de un soldado, a sus espaldas, le confirmó en el peligro de este paseo por el cañón. Y el silbido fue roto por una descarga repentina y un aullido bien conocido: los caballos villistas eran lanzados por sus jinetes de boca, verticalmente, desde el tope del cañón en un descenso suicida, mientras los fusiles parapetados en el tercer risco herían a los hombres del destacamento y los caballos sangrantes se encabritaban y rodaban, envueltos en un estruendo de pólvora, hasta el fondo de las rocas picudas: él sólo pudo volver la cara y ver a Tobías desbarrancarse, imitando a los villistas, por las laderas cortadas a pico, en un intento inútil de cumplir las órdenes: el caballo del yaqui perdió pie y voló durante un segundo, antes de estrellarse en el fondo del desfiladero y aplastar bajo su peso al jinete. El aullido creció, acompañado de un fuego tupido; él se desprendió del lomo izquierdo del caballo y rodó, dominando su caída con volteretas y apoyos, hacia el fondo: en su visión quebrada, las panzas de los caballos encabritados pulsaban en los altos, junto con los disparos, inútiles también, de los hombres sorprendidos sobre aquel risco estrecho, sin posibilidad de guarecerse o maniobrar sus monturas. Cayó, arañando las laderas, y cayeron los jinetes de Villa sobre el segundo risco, a librar el encuentro cuerpo a cuerpo. Ahora continuaba la rodadera salvaje de cuerpos entrelazados y caballos locos, mientras él tocaba con las manos ensangrentadas el fondo oscuro del cañón y desenfundaba la pistola. Sólo le aguardaba un nuevo silencio. Las fuerzas habían sido aniquiladas. Se arrastró, con el brazo y la pierna adoloridos, hacia una roca gigantesca.

—Salga, capitán Cruz, ríndase ya...

Y contestó la garganta seca: —¿A que me fusilen? Aquí aguanto.

Pero la mano derecha, tullida por el dolor, apenas podía sostener la pistola. Al levantar el brazo, sintió una punzada profunda en el vientre: disparó, con la cabeza caída, porque el dolor le impedía levantar la mirada: disparó hasta que el gatillo sólo repitió una imitación metálica. Arrojó la pistola al otro lado del peñasco y la voz de arriba volvió a gritar:

—Salga con las manos sobre la nuca.

Del otro lado de la roca, yacían más de treinta caballos, muertos o moribundos. Algunos trataban de levantar la cabeza; otros se apoyaban en una pata doblada; los más lucían florones rojos en la frente, en el cuello, en el vientre. Y a veces encima, a veces debajo de las bestias, los hombres de ambos bandos ocupaban posturas distraídas: boca arriba, como si buscaran el chorro del arroyo seco; boca abajo, abrazados a las rocas. Muertos todos, con excepción de ese hombre que gemía, atrapado por el peso de una yegua marrón.

—Déjenme sacar a éste —le gritó al grupo de la cima—. Puede ser uno de ustedes.

¿Cómo? ¿Con qué brazos? ¿Con qué fuerza? Apenas se dobló para tomar de las axilas el cuerpo apresado de Tobías, una bala de acero chifló y pego contra la piedra. Levantó la mirada. El jefe del grupo vencedor —un *sarakof* blanco, visible desde la sombra de la cima apaciguó al tirador con un movimiento de los brazos. El sudor, emplastado, polvoso, le escurrió por las muñecas y si una casi no podía moverse, la otra logró arrastrar el tórax de Tobías con una voluntad concentrada.

Escuchó, a sus espaldas, los cascos veloces de los villistas que se desprendieron de la columna para capturarlo. Estaban encima de él cuando las piernas rotas del yaqui salieron debajo del cuerpo del animal. Las manos de los villistas le arrancaron las cananas del pecho.

Eran las siete de la mañana.

Casi no recordaría, al entrar a las cuatro de la tarde a la prisión de Perales, la marcha forzada que el coronel villista Zagal impuso a sus hombres y a los dos prisioneros para librar, en nueve horas, los vericuetos de la sierra y descender al poblado chihuahuense. En la cabeza atravesada de dolores espesos, él apenas supo distinguir el camino que tomaba. El más difícil, en apariencia. El más sencillo para quien, como Zagal, había acompañado a Pancho Villa desde las primeras persecuciones y llevaba veinte años de recorrer estas sierras y apuntar sus escondites, pasos, cañones, atajos. La forma de hongo del *sarakof* ocultaba la mitad del rostro de Zagal, pero sus dientes largos y apretados sonreían siempre, enmarcados por el bigote y la barbilla negros. Sonrieron cuando él fue montado con dificultades sobre el caballo y el cuerpo roto del yaqui fue recostado, boca abajo, sobre las ancas de la misma bestia. Sonrieron cuando Tobías alargó el brazo y se prendió al cinturón del capitán. Sonrieron cuando la columna emprendió la marcha, adentrándose por una boca oscura, una verdadera cueva de dos aberturas, desconocida por él y por los demás carrancistas, que permitía cumplir en una hora un trayecto de cuatro sobre los caminos abiertos. Pero de todo esto sólo se dio cuenta a medias. Sabía que ambos bandos de la guerra de facciones fusilaban inmediatamente a los oficiales del grupo contrario y se preguntó por qué motivo, ahora, el coronel Zagal le conducía a un destino desconocido.

El olor lo adormeció. El brazo y la pierna, magullados por la caída le colgaban inertes y el yaqui seguía abrazándole y gimiendo, con el rostro congestionado. Los tumbos de roca escarpada se sucedieron y ellos marcharon cobijados por las sombras; en la base de las montañas, descubriendo valles interiores de piedra, hondas barrancas que descansaban sobre cauces abandonados, caminos en los que los abrojos y matorrales ofrecían un techo de decepción para el paso de la columna. Quizá sólo los hombres de Pancho Villa han cruzado esta tierra, pensó, y por eso pudieron ganar, antes, ese rosario de victorias guerrilleras que quebraron el espinazo de la dictadura. Maestros de la sorpresa, del cerco, de la fuga veloz después del golpe. Todo lo contrario de su escuela de armas, la del general Álvaro Obregón, que era la de la

batalla formal, en llano abierto, con dispositivos exactos y maniobras sobre terreno explorado.

—Juntos, en orden. No se me desperdigen —gritaba el coronel Zagal cada vez que se desprendía de la cabeza de la columna y cabalgaba hacia atrás, tragando polvo y afilando los dientes—. Ahora salimos de la montaña y quién sabe qué nos espere. Listos todos; agachados; ojos vivos para distinguir las polvaredas; todos juntos vemos mejor que yo solito...

Las masas de roca se iban abriendo. La columna estaba sobre una cima aplanada y el desierto de Chihuahua, ondulante, moteado de mezquite, se abría a sus pies. El sol era cortado por ráfagas de aire alto: capa fresca que nunca tocaba los bordes ardientes de la tierra.

—Vamos a tomar por la mina, para bajar más aprisa —gritó Zagal— Que se agarre bien su compañero, Cruz, que la bajada es a pico.

La mano del yaqui apretó el cinturón de Artemio; pero había en su presión algo más que el deseo de no caer: una insistencia comunicativa. Artemio bajó la cabeza, acarició el cuello del caballo y luego volvió el rostro hacia la cara congestionada de Tobías.

El indio murmuró en su lengua: —Vamos a pasar junto a una mina abandonada hace mucho. Cuando pasemos junto a una de las bocas de entrada, rueda del caballo y corre hacia adentro; eso está lleno de chiflones y allí no te han de encontrar...

Él no dejó de acariciar la crin. Volvió a levantar la cabeza y trató de distinguir, en el descenso hacia el desierto, esa entrada de la que hablaba Tobías.

El yaqui murmuró: —Olvídate de mí. Tengo las piernas rotas.

¿Las doce? ¿La una? El sol era cada vez más pesado.

Aparecieron unas cabras sobre un risco y algunos de los soldados les apuntaron con los rifles. Una huyó, la otra cayó redonda desde su pedestal y un soldado villista se desmontó y la cargó sobre las espaldas.

—¡Que sea la última vez que alguien venadea! —dijo Zagal con su voz ronca y sonriente— Esos balazos te van a faltar algún día, cabo Payán.

Después, alzándose sobre los estribos, le dijo a toda la columna: —Entiendan una cosa, cabrones: que vamos con los carrancles pisándonos las patas. No me vuelvan a desperdiciar el parque. ¿Qué se andan creyendo? ¿Que vamos victoriosos hacia el sur, como antes? Pues no. Vamos derrotados, hacia el norte, de donde salimos.

—Oiga mi coronel —gimió con su voz cerrada el cabo—, pero ya tenemos un poco de merienda.

—Lo que tenemos es muy poca madre —gritó Zagal.

La columna rió y el cabo Payán amarró la cabra muerta sobre las ancas de su caballo. —Nadie toque l'agua o el pinole hasta llegar allá abajo —ordenó Zagal.

Pero él ya tenía el pensamiento fijo en los vericuetos del descenso. Allí estaba, a la vuelta de ese recodo, la boca abierta de la mina.

Las herraduras de Zagal chocaron contra los rieles estrechos que avanzaban medio metro fuera de la entrada. Ahora Cruz se arrojó del caballo y rodó por la ligera pendiente cuando los fusiles sorprendidos apenas se alistaban y cayó de rodillas en la oscuridad: sonaron los primeros tiros y las voces de los villistas se alborotaron. El frío repentino aligeró la cabeza del hombre; la oscuridad la mareó. Hacia adelante: las piernas corrieron olvidando el dolor, hasta que el cuerpo se estrelló contra la roca: al abrir los brazos, los alargó hacia dos tiros divergentes. Por uno soplaba un viento fuerte; en el otro, un calor enclaustrado. Las manos extendidas sintieron, en las yemas de los dedos, estas temperaturas opuestas. Volvió a correr, por el lado caliente, que debía ser el más hondo. Atrás, corrían también, con su música de espuelas, los pies de los villistas. Un fósforo lanzó su resplandor anaranjado y él perdió el suelo y cayó por un chiflón vertical y sintió el golpe seco de su cuerpo sobre unas vigas carcomidas. Arriba, el ruido de las espuelas no cesaba y un murmullo de voces rebotaba sobre las paredes de la mina. El perseguido se levantó penosamente; trató de distinguir las dimensiones del lugar en el que había caído, la salida por donde continuar la fuga.

"Más vale esperar aquí..."

Las voces de arriba crecieron, como si discutieran. Luego se escuchó, claramente, la carcajada del coronel Zagal. Las voces se retiraron. Alguien chifló a lo lejos: un solo chiflido de atención, ríspido. Al escondite llegaron otros rumores indefinibles, pesados, que se prolongaron durante varios minutos. Después, nada. Los ojos empezaron a acostumbrarse: la oscuridad.

"Parece que se han ido. Puede que sea una celada. Más vale esperar aquí."

En el calor del chiflón abandonado, se tocó el pecho, se palpó el costado adolorido por los golpes. Estaba en un redondo espacio sin salida: seguramente, el punto final de una excavación. Algunas vigas rotas estaban por tierra; otras sostenían el débil techo de arcilla. Se cercioró de la estabilidad de una de ellas y se recargó, sentado, a esperar el paso de las horas. Una de las maderas se prolongaba hacia el boquete por donde había caído: no era difícil trepar por ella y alcanzar otra vez la cueva de entrada. Tocó varias roturas en su pantalón, en la túnica cuyas espiguillas doradas se habían desprendido. Y cansancio, hambre, sueño. Un cuerpo joven estiró las piernas y sintió el pulso fuerte en los muslos. La oscuridad y el reposo, el leve jadeo y los ojos cerrados. Pensó en las mujeres que quisiera conocer; el cuerpo de las conocidas huía de su imaginación. La última fue en Fresnillo. Una prostituta endomingada. Una de esas que lloran cuando se les pregunta, "¿De dónde eres? ¿Por qué viniste a dar aquí?" La pregunta de siempre, para empezar la conversación y porque a todas les encanta inventar cuentos. Ésa no;

nada más lloraba. Y la guerra sin acabarse. Claro que éstas eran las últimas operaciones. Cruzó los brazos sobre el pecho y trató de respirar regularmente. Una vez que dominaran al ejército desbaratado de Pancho Villa, habría paz. Paz.

"¿Qué voy a hacer cuando esto se acabe? ¿Y para qué pensar que se va acabar? Así nunca pienso yo."

Quizá la paz significaría buenas oportunidades de trabajo. En su recorrido en crucigrama por el territorio de México, sólo había asistido a la destrucción. Pero se destruían campos que podrían sembrarse de nuevo. En el Bajío, una vez, vio un campo precioso, junto al cual podría construirse una casa de arcadas y patios floreados y vigilar las siembras. Ver cómo crece una semilla, cuidarla, atender el brote de la planta, recoger los frutos. Podría ser una buena vida, una buena vida ...

"No te duermas, estate listo ... "

Se pellizcó el muslo. Los músculos de la nuca le tiraron la cabeza hacia atrás.

Ningún ruido descendía de lo alto. Podía explorar. Se apoyó en la viga ascendente para alcanzar, con el pie, las postillas rocosas del boquete. Se fue columpiando, con el brazo fuerte, de postilla en postilla, hasta clavar las uñas en la plataforma superior. Emergió su cabeza. Estaba en el tiro caliente. Pero ahora parecía más oscuro y sofocado que antes. Caminó hacia la cueva de distribución. La reconoció porque al lado del tiro mal ventilado estaba el otro, el del ventarrón. Pero más lejos, la luz no entraba por la abertura original. ¿Habría anochecido? ¿Habría perdido la cuenta de las horas?

A ciegas, sus manos buscaron la entrada. No era la noche la que la había clausurado, sino una barricada de rocas pesadas, levantadas por los villistas antes de partir. Lo habían sellado en esta tumba de vetas agotadas.

Sintió en los nervios del estómago eso: que estaba aplastado. Automáticamente, ensanchó las ventanillas de la nariz en un esfuerzo imaginario de respiración. Se llevó los dedos a las sienes y las acarició. El otro tiro, el ventilado. Ese aire venía de afuera, subía del desierto, lo chicoteaba el sol. Corrió hacia el segundo pasaje. Su nariz se pegó a ese aire dulce, corriente, y con las manos apoyadas sobre los muros fue dando traspies en la oscuridad. Una gota le mojó la mano. Acercó la boca abierta al muro, buscando el origen del agua. En el techo negro goteaban esas perlas lentas, aisladas. Recogió otra con la lengua; esperó la tercera, la cuarta. Colgó la cabeza. El tiro parecía terminar. Husmeó el aire. Venía de abajo, lo sentía alrededor de los tobillos. Se arrodilló, buscó con las manos. De esa abertura invisible, de allí surgía: era el tiro encajonado lo que le daba una fuerza mayor que la del origen. Las piedras estaban sueltas. Comenzó a tirar de ellas, hasta que la rendija se amplió y, al cabo, se derrumbó: una nueva galería, iluminada por venas plateadas, se abría detrás del derrumbe. Coló el cuerpo y, en el nuevo pasaje, se dio cuenta de que no podía caminar de pie: sólo cabía de estómago. Así fue arrastrándose, sin saber a dónde conducía su

carrera de reptil. Vetas grises, reflejos dorados de las espiguillas de oficial: sólo estas luces disparejas iluminaban su lentitud de culebra amortajada. Los ojos reflejaban los rincones más negros de la oscuridad y un hilo de saliva le corría por el mentón. Sintió la boca llena de tamarindos: acaso el recuerdo involuntario de una fruta que aun en la memoria agita las glándulas salivales, quizá el mensajero exacto de un olor desprendido de una huerta lejana y que, acarreado por el aire inmóvil del desierto, habría llegado hasta el estrecho pasaje. El olfato despierto percibió algo más. Una bocanada completa de aire. Un pulmón lleno. Un sabor inconfundible de tierra cercana: inconfundible para uno que llevaba tanto tiempo encerrado en el gusto de roca. La galería baja iba en descenso; ahora se detenía abruptamente y caía, a tajo, sobre un ancho espacio interior y un suelo de arena. Se descolgó de la galería alta y se dejó caer en el lecho blanco. Algunos brazos vegetales habían entrado hasta aquí. ¿Por dónde?

"Sí, ahora vuelve a subir. ¡Pero sí es luz! Parecía un reflejo de la arena ¡y es luz!"

Corrió, con el pecho lleno, hacia la abertura bañada de sol.

Corrió sin escuchar ni ver. Sin escuchar el guitarrero lento y la voz que lo coreaba, una voz guanga y sensual de soldado cansado.

Las muchachas duranguenas se visten [de azul y verde, de las ocho en adelante, la que no [pellizca muerde ...

Sin ver el pequeño fuego sobre el cual se mecía el esqueleto de la cabra cazada en la montaña y los dedos que le arrebataban jirones de pellejo.

Cayó, sin escuchar ni ver, sobre la primera franja de tierra iluminada, Cómo iba a ver, bajo ese sol de las tres de la tarde, derretido, que iluminaba como un hongo de cal el *sarakof* del hombre que reía y le alargaba la mano.

—Ándele, capitán, que nos va a hacer llegar tarde. Mire no más cómo le entra el yaqui al rancho. y ahora sí, las cantimploras pueden usarse.

Las muchachas chihuahuenses ya no [saben ni qué hacer,
pidiendo a Dios que haya un hombre [que las sepa bien querer ...

El prisionero levantó el rostro y antes de ver al grupo reclinado del coronel Zagal, dejó que los ojos se le perdieran en el paisaje seco, de pedruscos y órganos espinosos, largo y lento, silencioso y aplomado. Después, se incorporó y llegó hasta el pequeño campamento. El yaqui lo miraba fijamente. Él alargó el brazo, arrancó un jirón chamuscado del lomo de la cabra y se sentó a comer.

Perales.

Era un pueblo de adobes, que en poco se distinguía de los demás. Sólo una cuadra, la que pasaba frente a la presidencia municipal, estaba empedrada. Las demás eran de polvo aplanado por los pies desnudos de los niños, los tarsos de los guajolotes que se esponjaban en las bocacalles, las patas de la jauría de perros que a veces dormían al

sol y a veces corrían todos juntos, ladrando, sin rumbo. Quizá había una o dos casas buenas, con portones grandes y chapas de fierro y canales de latón: eran siempre la del agiotista y la del jefe político (cuando uno y otro no eran el mismo), ahora huyendo de la justicia expedita de Pancho Villa. Las tropas habían ocupado las dos residencias llenando los patios —escondidos detrás de los largos muros que daban su rostro de fortaleza a la calle— de caballada y paja, cajas de parque y herramientas: lo que la División del Norte, derrotada, lograba salvar en su marcha hacia el origen. El color del pueblo era pardo; sólo la fachada de la presidencia lucía un tono rosa, que en seguida se perdía, por los costados y los patios, en el mismo tono grisáceo de la tierra. Había un aguaje cercano; por eso se fundó el pueblo, cuya riqueza se limitaba a unos cuantos pavos y gallinas, unas cuantas milpas secas cultivadas sobre las callejas de polvo, un par de forjas, una carpintería, una tienda de abarrotes y algunas industrias domésticas. Se vivía de milagro. Se vivía en silencio. Como en la mayoría de las aldeas mexicanas, era difícil saber dónde se escondían sus moradores. En la mañana como en la tarde, en la tarde como en la noche, podría quizá escucharse el golpe de un martillo, insistente, o el chillido de un recién nacido, pero sería difícil encontrarse en las calles ardientes con un ser vivo. Los niños se asomaban a veces, pequeñísimos, descalzos. También la tropa permanecía detrás de los muros de las casas incautadas o escondida en los patios de la presidencia, que era hacia donde se encaminaba la columna fatigada. Cuando desmontaron, un piquete se acercó y el coronel Zagal señaló al indio yaqui.

—Ése al calabozo. Usted venga conmigo, Cruz.

Ahora el coronel no reía. Abrió las puertas del despacho encalado y con una manga se secó el sudor de la frente. Se aflojó el cinturón y se sentó. El prisionero lo contempló de pie.

—Jálese una silla, capitán, y vamos platicando a gusto. ¿Quiere un cigarro?

El prisionero lo tomó y el fuego del mechero acercó los dos rostros.

—Bueno —volvió a sonreír Zagal—, si la cosa es muy sencilla. Usted podría decirnos cuáles son los planes de los que nos vienen persiguiendo y nosotros lo pondríamos en libertad. Le soy franco. Sabemos que estamos perdidos, pero así y todo nos queremos defender. Usted es buen soldado y entiende esto.

—Seguro. Por eso mismo no voy a hablar.

—Sí. Pero sería muy poco lo que tendría que contarnos. Usted y todos esos muertos que se quedaron en el cañón formaban un destacamento de exploración, eso se veía claro. Eso quiere decir que el grueso de las tropas no andaba lejos. Hasta se olieron la ruta que hemos tomado hacia el norte. Pero como ustedes no conocen bien ese paso por la montaña, seguro que han tenido que atravesar todo el llano y eso toma varios días. Ahora: ¿cuántos son, hay tropas que se hayan adelantado por tren, en cuánto calcula usted sus provisiones de parque, cuántas piezas de artillería vienen arrastrando? ¿Qué táctica han decidido? ¿Dónde se van a juntar las brigadas sueltas que nos vienen

siguiendo la pista? Fíjese qué sencillo: usted me cuenta todo esto y sale libre, Palabra que sí.

—¿De cuándo acá esas garantías?

—Caramba, capitán, si de todas maneras vamos a perder. Yo le soy franco. La División está desintegrada. Se ha fraccionado en bandas que se perderán por las montañas, cada vez más deshilachadas, porque a lo largo del camino se van quedando en sus pueblos, en sus rancherías. Estamos cansados. Son muchos años de pelear, desde que nos levantamos contra don Porfirio. Luego peleamos con Madera, luego contra los colorados de Orozco, luego contra los pelones de Huerta, luego contra ustedes los carranclanes de Carranza. Son muchos años. Ya nos cansamos. Nuestras gentes son como las lagartijas, van tomando el color de la tierra, se meten a las chozas de donde salieron, vuelven a vestirse de peones y vuelven a esperar la hora de seguir peleando, aunque sea dentro de cien años. Ellos ya saben que esta vez perdimos, igual que los zapatistas en el Sur. Ganaran ustedes. ¿Para qué ha de morírseles usted cuando la pelea está ganada por los suyos? Déjenos perder dando la batalla. Nomás eso le pido. Déjenos perder con tantito honor.

—Pancho Villa no está en este pueblo.

—No. Él va más adelante. Y la gente se nos va quedando. Ya somos muy pocos.

—¿Qué garantías me dan?

—Lo dejamos vivo aquí en la cárcel hasta que sus amigos lo rescaten.

—Eso, si los nuestros ganan. Si no...

—Si los derrotamos, le doy un caballo para que se largue.

—y así puedan fusilarme por la espalda cuando salga corriendo.

—Usted dirá ...

—No. No tengo nada que contar.

—En el calabozo están su amigo el yaqui y el licenciado Bernal, un enviado de Carranza. Espere usted con ellos la orden de fusilamiento.

Zagal se incorporó.

Ninguno de los dos tenía sentimientos. Eso, cada cual, en su bando, lo había perdido, limado por los hechos cotidianos, por el remache sin tregua de su lucha ciega. Habían hablado automáticamente, sin comprometer sus emociones. Zagal solicitaba la información y daba la oportunidad de escoger entre la libertad y el paredón, el prisionero negaba la información: pero no como Zagal y Cruz, sino como engranajes de dos máquinas de guerra opuestas. Por esto, la noticia del fusilamiento era recibida por el prisionero con indiferencia absoluta. Una indiferencia, justamente, que le obligaba a

darse cuenta de la tranquilidad monstruosa con que aceptaba su propia muerte. Entonces también él se puso de pie y cuadró la quijada.

—Coronel Zagal, llevamos mucho tiempo obedeciendo órdenes, sin darnos tiempo para hacer algo ¿cómo le diré?, algo que diga: esto lo hago como Artemio Cruz; ésta me la juego yo solo, no como oficial del ejército. Si me ha de matar, máteme como Artemio Cruz. Ya lo dijo usted que esto se va a terminar, que estamos cansados. Yo no quiero morir como el último sacrificado de una causa victoriosa y usted tampoco ha de querer morir como el último de una causa perdida. Sea usted hombre, coronel, y déjeme serlo. Le propongo que nos batamos con pistolas. Trace una raya en el patio y salgamos los dos armados de dos esquinas opuestas. Si usted logra herirme antes de que yo cruce la raya, me remata. Si yo la cruzo sin que usted me pegue, me deja libre.

—¡Cabo Payán! —gritó Zagal con un brillo en los ojos—. Condúzcalo a la celda.

Luego le dio la cara al prisionero. —No se les avisará la hora de la ejecución, de manera que estén listos. Como puede ser dentro de una hora, puede ser mañana o pasado. Usted no más piense en lo que le dije.

Por los barrotes entraba el sol poniente y recortaba en amarillo las siluetas de esos dos hombres, uno de pie, el otro recostado. Tobías trató de murmurar un saludo; el otro, el que se paseaba nerviosamente, se acercó a él en cuanto la puerta de la celda rechinó y las llaves del cabo de guardia rasparon la cerradura.

—. ¿Usted es el capitán Artemio Cruz? Yo soy Gonzalo Bernal, enviado del Primer Jefe Venustiano Carranza.

Vestía traje de civil: un traje de casimir café con cinturón postizo en la parte trasera. Y él lo observó como a todos los civiles que de vez en cuando se arrimaban al núcleo sudoroso de los que peleaban: con una mirada rápida de burla e indiferencia, hasta que Bernal continuó, pasándose un pañuelo por la frente amplia y el bigote rubio:

—Está muy mal el indio. Tiene una pierna rota.

El capitán se encogió de hombros. —Para lo que va a durar.

—¿Qué sabe usted? —preguntó Bernal y detuvo el pañuelo sobre los labios, de manera que las palabras salieron sofocadas.

—Nos van a tronar a todos. Pero no dicen a qué horas. No habíamos de morirnos de catarro.

—¿No hay esperanzas de que lleguen los nuestros antes?

Ahora fue el capitán el que se detuvo —había estado girando, observando el techo, las paredes, la ventanilla embarrotada, el suelo de polvo: la búsqueda instintiva del boquete por donde huir— y miró a un nuevo enemigo: el delator plantado en la celda.

Preguntó: — ¿Qué no hay agua?

—Se la bebió el yaqui.

El indio gimió. Él se acercó al rostro cobrizo recargado contra la cabecera de piedra de esa banca desnuda que servía de cama y asiento. Su mejilla se detuvo junto a la de Tobías y por primera vez, con una fuerza que lo obligó a retirarse, sintió la presencia de ese rostro que nunca había sido más que una plasta oscura, parte de la tropa, más reconocible en la integridad nerviosa y rápida de su cuerpo guerrero que en esta serenidad, este dolor. Tobías tenía un rostro; él lo vio. Centenares de rayas blancas —rayas de risa y enojo y ojos guiñados contra el sol— recorrían las esquinas del párpado y cuadrículaban los anchos pómulos. Los labios gruesos y prominentes sonreían con dulzura y en los ojos pardos, angostos, había algo semejante a un pozo de luz turbia, encantada, dispuesta.

—Verdad que has llegado —dijo Tobías en su lengua, aprendida por el capitán en el trato diario con las tropas de la sierra sinaloense.

Apretó la mano nervuda del yaqui.

—Sí, Tobías. Más vale que sepas una cosa: nos van a fusilar.

—Así ha de ser. Igual harías tú.

—Sí.

Permanecieron en silencio, mientras el sol desaparecía. Los tres hombres se dispusieron a pasar la noche juntos. Bernal se paseaba lentamente por la celda: él se incorporó y en seguida se sentó otra vez sobre el polvo y trazó rayas en el piso. Afuera, en el corredor, se prendió una lámpara de petróleo y se escuchó el movimiento de los maxilares del cabo de guardia. Un viento frío se levantó sobre el campo desértico.

De pie nuevamente, él se acercó a la puerta de la celda: maderos gruesos, ocote sin pulir, y esa pequeña abertura a la altura de la mirada. Del otro lado, se levantaba la fumarola del cigarro de hoja que encendía el cabo. Él cerró los puños alrededor de los barrotes oxidados y observó el perfil chato de su guardián. Los mechones negros brotaban de la gorra de lona y se agotaban en el pómulo cuadrado y lampiño. El prisionero buscó su mirada y el cabo respondió con un gesto rápido, un "¿qué-quiere?" silencioso de la cabeza y la mano libre. La otra apretaba la carabina con la costumbre del oficio.

—¿Ya tienen la orden para mañana?

El cabo lo miró con los ojos largos y amarillos. No respondió.

—Yo no soy de aquí. ¿Y tú?

—De allá arriba —dijo el cabo.

—¿Cómo es el lugar?

—¿Dónde?

—Donde nos van a fusilar. ¿Qué se ve desde allí?

Se detuvo y le hizo una seña para que el cabo le pasara el mechero.

—¿Qué se ve?

Sólo entonces recordó que siempre había mirado hacia adelante, desde la noche en que atravesó la montaña y escapó del viejo casco veracruzano. Desde entonces no había vuelto a mirar hacia atrás. Desde entonces quería saberse solo, sin más fuerzas que las propias ... Y ahora ... no podía resistir esta pregunta —cómo es, qué se ve desde allí— que quizá era su manera de disfrazar esa ansia de recuerdo, esa pendiente hacia una imagen de helechos frondosos y ríos lentos, de flores tubulares sobre una choza, de una falda almidonada y un cabello suave, oloroso a membrillo ...

—Ahí se los llevan al patio de detrás —iba diciendo el cabo— y lo que se ve, ¿pues qué ha de ser? Una pura pared alta, toda como cacariza de tanto afusilado como nos cae por aquí...

—¿Y la montaña? ¿No se ve la montaña?

—Pues la mera verdad no me acuerdo.

—¿Has visto a muchos ... ?

—Uuuuh ...

—Puede que el que fusile vea mejor que los fusilados lo que está pasando.

—¿A poco tú nunca has estado en un afusile?

("Sí, pero sin fijarme, sin pensar nunca en lo que se podría sentir, en que alguna vez podría tocarme a mí. Por eso no tengo derecho a preguntarte a ti, ¿verdad? Tú sólo has matado como yo, sin fijarte en nada. Por eso nadie sabe lo que se siente y nadie puede contarlo. Si se pudiera regresar, si se pudiera contar qué es eso de escuchar una descarga y sentirla sobre el pecho, en la cara. Si se pudiera contar la verdad de eso, puede que ya no nos atreviéramos a matar, nunca más; o puede que a nadie le importara morir... Puede ser terrible... pero puede ser tan natural como nacer ... ¿Qué sabemos tú y yo?")

—Oye capitán, las espiguitas esas ya no te han de servir. Dámelas.

El cabo introdujo la mano entre los barrotes y él le dio la espalda. El soldado rió con un chillido sofocado.

Ahora el yaqui estaba murmurando cosas en su lengua y él se fue arrastrando los pies hasta la cabecera dura, a tocar con la mano la frente afiebrada del indio y a escuchar sus palabras. Corrían con un sonsonete dulce.

—¿Qué dice?

—Cuenta cosas. De cómo el gobierno les quitó las tierras de siempre para dárselas a unos gringos. De cómo ellos pelearon para defenderlas y entonces llegó la tropa

federal y empezó a cortarles las manos a los hombres y a perseguirlos por el monte. De cómo subieron a los jefes yaquis a un cañonero y desde allí los tiraron al mar cargados de pesas.

El yaqui hablaba con los ojos cerrados. —Los que quedamos fuimos arrastrados a una fila muy larga y desde allá, desde Sinaloa, nos hicieron caminar hasta el otro lado, hasta Yucatán.

—De cómo tuvieron que marchar hasta Yucatán y las mujeres y los viejos y los niños de la tribu se iban quedando muertos. Los que lograron llegar a las haciendas henequeneras fueron vendidos como esclavos y separados los esposos de sus mujeres. De cómo obligaron a las mujeres a acostarse con los chinos, para que olvidaran su lengua y parieran más trabajadores...

—Volví, volví. Apenas supe que había estallado la guerra, volví con mis hermanos a luchar contra el daño.

El yaqui rió quedamente y él sintió ganas de orinar. Se levantó y abrió la bragueta del pantalón caqui; buscó un rincón y escuchó el chapoteo contra el polvo. Frunció el ceño pensando en el desenlace acostumbrado de los valientes que mueren con una mancha húmeda en el pantalón militar. Bernal, ahora con los brazos cruzados, parecía buscar, a través de los altos barrotes, un rayo de luna para esta noche fría y oscura. A veces, ese martilleo persistente del pueblo llegaba hasta ellos; los perros aullaban. Algunas conversaciones perdidas, sin sentido, lograban atravesar las paredes. Él se espolvoreó la túnica y se acercó al joven licenciado.

—¿Hay cigarros?

—Sí... creo que sí. .. Por aquí andaban.

—Ofrécele al yaqui.

—Ya le ofrecí antes. No le gustan los míos.

—¿Trae los suyos?

—Parece que se le acabaron.

—Puede que los soldados tengan cartas.

—No; no me podría concentrar. Creo que no podría ...

—¿Tienes sueño?

—No.

—Tienes razón. No hay que dormir.

—¿Crees que algún día te vas a arrepentir?

—¿Cómo?

—Digo, de haber dormido antes ...

—Está chistoso eso.

—Ah, sí. Entonces más vale recordar. Dicen que es bueno recordar.

—No hay mucha vida por detrás.

—Cómo no. Ésa es la ventaja del yaqui. Puede que por eso no le guste hablar.

—Sí. No, no te entiendo ...

—Digo que el yaqui sí tiene muchas cosas que recordar.

—Puede que en su lengua no se recuerde igual.

—Toda esa caminata, desde Sinaloa. Lo que nos contó hace un rato.

—Sí.

— ...

—Regina ...

—¿Cómo?

—No. No más repito nombres.

—¿Qué edad tienes?

—Voy para veintiséis. ¿Y tú?

—Veintinueve. Tampoco tengo mucho que recordar. Y eso que la vida se volvió tan agitada, tan de repente.

—¿Cuándo se empezará a recordar la niñez, por ejemplo?

—Es cierto; cuesta trabajo.

—¿Sabes? Ahora, mientras hablábamos ...

—¿Sí?

—Bueno; me repetí unos nombres. ¿Sabes? Ya no me suenan; ya no quieren decir nada.

—Va a amanecer.

—No te fijas.

—Me suda mucho la espalda.

—Dame el cigarro. ¿Qué pasó?

—Perdón. Toma. Puede que no se sienta nada.

—Eso dicen.

—¿Quién lo dice, Cruz?

—Seguro. Los que matan.

—¿Te importa mucho?

—Pues ...

—¿Por qué no piensas en ... ?

—¿Qué? ¿Que todo va a seguir igual, aunque nos maten?

—No, no pienses para adelante, sino para atrás. Yo pienso en todos los que ya han muerto en la revolución.

—Sí; recuerdo a Bule, Aparicio, Gómez, el capitán Tiburcio Amarillas ... a unos cuantos.

—Apuesto que no le sabes el nombre ni a veinte. y no sólo a ellos. ¿Cómo se llamaban todos los muertos? No sólo los de esta revolución; los de todas las revoluciones y todas las guerras y hasta los muertos en su cama. ¿Quién se acuerda de ellos?

—Mira: dame un cerillo.

—Perdón.

—Ahora sí ya salió la luna.

—¿Quieres verla? Si te apoyas en mis hombros, puedes alcanzar ...

—No. No vale la pena.

—Menos mal que me quitaron el reloj.

—Sí.

—Quiero decir, para no llevar la cuenta.

—Seguro, sí entendí.

—La noche pareció más ... más larga ...

—Pinche meadera ésta.

—Mira al yaqui. Se durmió. Menos mal que nadie mostró miedo.

—Ahora, otro día metidos aquí.

—Quién sabe. De repente entran al rato.

—Éstos no. Les gusta su juego. Hay demasiada costumbre de fusilar al alba. Van a jugar con nosotros.

—¿No que era tan impulsivo?

—Villa sí. Zagal no.

—¿Qué?

—Morir a manos de uno de los caudillos y no creer en ninguno de ellos.

—¿Qué iremos los tres juntos o nos sacarán uno por uno?

—Es más fácil de un jalón, ¿qué no? Tú eres el militar.

—¿No se te ocurre ninguna treta?

—¿Te cuento una cosa? Mira que es para morirse de la risa.

—¿Qué cosa?

—No te lo diría si no estuviera seguro que de aquí no salgo. Carranza me mandó en esta misión con el puro objeto de que me agarraran y fueran ellos los responsables de mi muerte. Se le metió en la cabeza que más le valía un héroe muerto que un traidor vivo.

—¿Tú traidor?

—Depende de cómo lo mires. Tú nada más has andado en las batallas; has obedecido órdenes y nunca has dudado de tus jefes.

—Seguro. Se trata de ganar la guerra. Qué, ¿tú no estás *con* Obregón y Carranza?

—Como podía estar con Zapata o Villa. No creo en ninguno.

—¿Y entonces?

—Ése es el drama. No hay más que ellos. No sé si te acuerdas del principio. Fue hace tan poco, pero parece tan lejano ... cuando no importaban los jefes. Cuando esto se hacía no para elevar a un hombre, sino a todos.

—¿Quieres que hable mal de la lealtad de nuestros hombres? Si eso es la revolución, no más: lealtad a los jefes.

—Sí. Hasta el yaqui, que primero salió a pelear por sus tierras, ahora sólo pelea por el general Obregón y contra el general Villa. No, antes era otra cosa. Antes de que esto degenerara en facciones. Pueblo por donde pasaba la revolución era pueblo donde se acababan las deudas del campesino, se expropiaba a los agiotistas, se liberaba a los presos políticos y se destruía a los viejos caciques. Pero ve nada más cómo se han ido quedando atrás los que creían que la revolución no era para inflar jefes sino para liberar al pueblo.

—Ya habrá tiempo.

—No, no lo habrá. Una revolución empieza a hacerse desde los campos de batalla, pero una vez que se corrompe, aunque siga ganando batallas militares, ya está perdida. Todos hemos sido responsables. Nos hemos dejado dividir y dirigir por los concupiscentes, los ambiciosos, los mediocres. Los que quieren una revolución de verdad, radical, intransigente, son por desgracia hombres ignorantes y sangrientos. Y los letrados sólo quieren una revolución a medias, compatible con lo único que les interesa: medrar, vivir bien, sustituir a la *elite* de don Porfirio. Ahí está el drama de México. Mírame a mí. Toda la vida leyendo a Kropotkin, a Bakunin, al viejo Plejanov, con mis libros desde chamaco, discute y discute. Ya la hora de la hora, tengo que afiliarme con Carranza porque es el que parece gente decente, el que no me asusta. ¿Ves qué mariconería? Les tengo miedo a los pelados, a Villa y a Zapata ... "Continuaré

siendo una persona imposible mientras las personas que hoy son posibles sigan siendo posibles ... " Ah sí. Cómo no.

—Te descaras a la hora de la muerte ...

—"Tal es el defecto radical de mi carácter: el amor por lo fantástico, las aventuras nunca vistas, las empresas que abren horizontes infinitos e imprevisibles ... " Ah sí. Cómo no.

—¿Por qué nunca dijiste eso allá afuera?

—Se lo dije desde el año mil novecientos trece a Iturbe, a Lucio Blanco, a Buelna, a todos los militares honrados que nunca pretendieron convertirse en caudillos. Por eso no supieron pararle el juego al viejo Carranza, que toda su vida se ha dedicado a sembrar cizaña y a dividir, porque de otra manera, ¿quién no le iba a comer el mandado, viejo mediocre? Por eso ascendía a los mediocres, a los Pablo González, a los que no podían hacerle sombra. Así dividió a la revolución, la convirtió en guerra de facciones.

—. ¿Y por eso te mandaron a Perales?

—Con la misión de convencer a los villistas de que deben rendirse. Como si no supiéramos todos que van huyendo derrotados y en su desesperación pasan por las armas a cuanto carranclán se les pone en frente. Al viejo no le gusta ensuciarse las manos. Prefiere que el enemigo le haga los trabajos sucios. Artemio, Artemio, los hombres no han estado a la altura de su pueblo y de su revolución.

—¿Por qué no te pasas a Villa?

—¿A otro caudillo? ¿Para ver cuánto dura y luego pasarme a otro y otro más, hasta que me vuelva a encontrar en otra celda esperando otra orden de fusilamiento?

—Pero te salvas esta vez ...

—No ... Créeme, Cruz, me gustaría salvarme, regresar a Puebla. Ver a mi mujer, a mi hijo. A Luisa y a Pancholín. y mi hermanita Catalina, que tanto depende de mí. Ver a mi padre, mi viejo don Gamaliel, tan noble, tan ciego. Tratar de explicarle por qué me metí en esto. Él nunca comprendió que hay deberes que es necesario cumplir aunque se sepa de antemano que se va al fracaso. Para él aquel orden era eterno; las haciendas, el agio disfrazado, todo eso ... Ojalá hubiera alguien a quien pudiera encargarle que fuera a verlos y a decirles cualquier cosa de mi parte. Pero de aquí nadie sale vivo, lo sé. No; todo es un siniestro juego de eliminaciones. Ya estamos viviendo entre criminales y enanos, porque el caudillo mayor prohija pigmeos que no le hagan sombra y el caudillo menor tiene que asesinar al grande para ascender. Qué lástima, Artemio. Qué necesario es todo lo que está pasando y qué innecesario es corromperlo. No es esto lo que quisimos cuando hacíamos la revolución con todo el pueblo, en mil novecientos trece. Y tú, vete decidiendo. En cuanto eliminen a Zapata y Villa, quedarán sólo dos jefes, tus jefes actuales. ¿Con cuál vas a jalar?

—Mi jefe es el general Obregón.

—Menos mal que te has decidido ya. A ver si no te cuesta la vida; a ver si. ..

—Te olvidas de que nos van a fusilar. Bernal rió con sorpresa, como si hubiese intentado volar y el peso olvidado de unos grilletes se lo hubiese impedido. Apretó el hombro del otro prisionero y dijo:

—¡Maldita manía política! O puede que sea intuición. ¿Por qué no te pasas tú con Villa?

No pudo distinguir bien el rostro de Gonzalo Bernal, pero en la oscuridad sintió esos ojillos burlones, ese airecillo de sabelotodo de estos licenciadetes que nunca peleaban, que nada más hablaban mucho mientras ellos ganaban batallas. Alejó bruscamente su cuerpo del de Bernal.

—¿Qué hubo? —sonrió el licenciado.

Él gruñó y encendió su cigarro apagado. —Así no se habla —dijo entre dientes—. ¿Qué? ¿Te hablo derecho? Pues me cagan los cojones los que se abren sin que nadie les pida razón y más a la hora de la muerte. Quédese callado, mi licenciado, y dígame para sus adentros lo que quiera, pero a mí déjeme morir sin que me raje.

La voz de Gonzalo se cubrió con una capa metálica: —Oye, machito, somos tres hombres condenados. El yaqui nos contó su vida ...

Y la rabia era contra sí mismo, porque él se había dejado llevar a la confidencia y a la plática, se había abierto a un hombre que no merecía confianza.

—Ésa fue una vida de hombre. Tenía derecho.

—¿Y tú?

—No más peleando. Si hubo más, no me acuerdo.

—Quisiste a alguna mujer...

Apretó los puños.

— ... tuviste padres; qué sé yo si hasta tienes un hijo. ¿Tú no? Yo sí, Cruz; yo sí pienso que tuve vida de hombre, que quisiera estar libre para seguirla; ¿tú no?; ¿tú no quisieras ahorita estar acariciando ... ?

La voz de Bernal se descomponía cuando las manos de él lo buscaron en la oscuridad, lo azotaron contra la pared, sin decir palabra, con un mugido opaco, con las uñas clavadas en la solapa de casimir de este nuevo enemigo armado de ideas y ternuras, que sólo estaba repitiendo el mismo pensamiento oculto del capitán, del prisionero, de él: ¿qué sucederá después de nuestra muerte? Y Bernal lo repetía, a pesar de los puños cerrados que lo violaban:

— ... ¿si no nos hubieran matado antes de cumplir treinta años? ... ¿qué habría sido de nuestras vidas?; yo quería hacer tantas cosas ...

Hasta que él, con la espalda sudorosa y el rostro muy cerca del de Bernal, también murmuró: — ... que todo va a seguir igual, ¿a poco no lo sabes?; que va a salir el sol; que van a seguir naciendo escuincles, aunque tú y yo estemos bien tronados, ¿a poco no lo sabes?

Los dos hombres se desprendieron del abrazo violento. Bernal se dejó caer sobre el piso; él caminó hacia la puerta de la celda, decidido: le contaría un plan falso a Zagal, pediría la vida del yaqui, dejarla a Bernal correr su suerte.

Cuando el cabo de guardia, canturreando, lo condujo hacia la presencia del coronel, él sólo sentía ese dolor perdido de Regina, esa memoria dulce y amarga que tanto había escondido y que ahora brotaba a flote, pidiéndole que siguiera viviendo, como si una mujer muerta necesitara del recuerdo de un hombre vivo para seguir siendo algo más que un cuerpo devorado por los gusanos en un hoyo sin nombre, en un pueblo sin nombre.

—Va a ser difícil que nos tome el pelo —dijo con su eterna voz sonriente el coronel Zagal—. Ahoritita mismo salen dos destacamentos a ver si lo que nos cuenta es cierto, y si no lo es, o si el ataque viene por otro lado, vaya encomendándose al cielo y piense que no más ganó unas cuantas horas de vida, pero a costa de su honor.

Zagal estiró las piernas y movió en escala los dedos encalcetados de los pies. Las botas estaban sobre la mesa, cansadas y sin armazón.

—¿Y el yaqui?

—Eso no estaba en lo pactado. Mire: la noche se está haciendo larga. ¿Para qué ilusionar a esos pobrecitos con un nuevo sol? ¡Cabo Payán! ... Vamos a mandar a mejor vida a los dos presos. Sáquemelos de la celda y llévenlos allá atrás.

—El yaqui no puede caminar —dijo el cabo.

—Denle marihuana —carcajeó Zagal—. A ver, sáquenlo en camilla y apóyenlo como puedan contra el muro.

¿Qué vieron Tobías y Gonzalo Bernal? Lo mismo que el capitán, aunque éste les ganara en altura, parado junto a Zagal sobre la azotea de la presidencia. Allá abajo, el yaqui era sacado en camilla y Bernal caminaba cabizbajo y los dos hombres eran colocados contra el paredón y entre dos lámparas de petróleo.

Una noche en la que los resplandores del alba tardaban en hacerse sentir y en la que la silueta de las montañas no se dejaba ver, ni siquiera cuando los fusiles tronaron con espasmos rojizos y Bernal alargó la mano para tocar el hombro del yaqui. Tobías se quedó apoyado contra el muro, parapetado por la camilla. Las lámparas alumbraron su rostro deshecho, marcado por las balas. Sólo iluminaron los tobillos del cuerpo caído de Gonzalo Bernal, por donde empezaron a correr los hilos de sangre.

—Ahí tiene sus muertos —dijo Zagal.

Y otra fusilata, lejana y tupida, comentó sus palabras y en seguida se le unió un cañón ronco que hizo volar una esquina del edificio. La gritería de los villistas ascendió confusa hasta la azotea blanca donde Zagal gritaba con una interrogación. desarticulada:

—¡Ya llegaron! ¡Ya nos hallaron! ¡Son los carranclanes! Mientras él lo derribaba y apretaba la mano —rediviva, concentrada con toda su fuerza— sobre la funda de la pistola del coronel. Sintió en sus manos la sequedad metálica del arma, La clavó en la espalda de Zagal y con el brazo derecho rodeó el cuello del coronel, lo apretó y lo mantuvo sobre el suelo, con las quijadas duras y la espuma entre los labios. Por encima de la cornisa, pudo ver la confusión que reinaba en el patio de ejecuciones. Los soldados del pelotón corrían, pisoteando los cadáveres de Tobías y Bernal, volteando las lámparas de petróleo: las explosiones granizadas se sucedían en todo el pueblo de Perales, acompañadas de gritos e incendios, de galopes y relinchos. Más villistas salieron al patio, poniéndose las guerreras, fajándose los pantalones. Las luces caídas dibujaban una línea dorada en cada perfil, en cada cinturón, en cada botonadura. Las manos se alargaron para tomar los fusiles y las cartucheras. La tranca del establo fue abierta con prisa y los caballos relinchantes salieron al patio, fueron montados por los jinetes y arrancaron por el portón abierto. Algunos rezagados corrieron detrás de la caballería y al fin el patio quedó desierto. Los cadáveres de Bernal y el yaqui. Dos lámparas de petróleo. La gritería se alejó; iba al encuentro del ataque enemigo. El prisionero soltó a Zagal. El coronel se mantuvo de rodillas, tosiendo, acariciándose el cuello estrangulado. La voz apenas pudo levantarse: —No se rindan. Aquí estoy yo.

Y la mañana, al fin, mostró su párpado azul sobre el desierto.

Cesó el estruendo inmediato. Por las calles corrían villistas al encuentro del sitio. Sus blusas blancas se tiñeron de azul. Ni un murmullo ascendió desde el patio. Zagal se puso de pie, desabotonándose la túnica grisácea, en ademán de ofrecer el pecho. El capitán se adelantó también, con la pistola en la mano.

—Vale lo ofrecido —le dijo con una voz seca al coronel.

—Vamos abajo —dijo Zagal y soltó los brazos.

En la oficina, Zagal tomó la Colt que tenía en una gaveta.

Caminaron, armados los dos, a través de los pasillos fríos hasta el patio. Calcularon la mitad del cuadrángulo. El coronel hizo a un lado, con el pie, la cabeza de Bernal. El capitán levantó las lámparas de petróleo.

Cada uno se colocó en una esquina. Avanzaron.

Zagal disparó primero y su bala hirió de nuevo al yaqui Tobías. El coronel se detuvo y una esperanza iluminó sus ojos negros: el otro avanzaba sin disparar. El acto se consumaba como un gesto de honor. El coronel se aferró —un segundo, dos

segundos, tres segundos— a la esperanza de que el otro respetaría su valentía, de que los dos se encontrarían a la mitad del patio sin un nuevo disparo.

Ambos se detuvieron a la mitad del patio.

La sonrisa volvió al rostro del coronel. El capitán atravesó la línea imaginaria. Zagal, riendo, hizo un gesto de amistad con la mano cuando dos tiros repetidos le atravesaron el estómago y el otro lo miró doblarse y caer a sus pies. Entonces soltó la pistola sobre el cráneo empapado de sudor del coronel y permaneció, sin moverse, de pie.

El viento del desierto le sacudió los mechones rizados de la frente, las rasgaduras de la túnica manchada de sudor, las tiras rotas de las polainas de cuero. La barba de cinco días se erizaba sobre las mejillas y los ojos verdes se perdían detrás de las pestañas polvosas y las lágrimas secas. De pie, héroe solitario sobre el campo cercado de los muertos. De pie, héroe sin testigos. De pie, rodeado de abandono, mientras la batalla se libraba fuera del pueblo, con ese latido de tambores.

Bajó la mirada. El brazo muerto del coronel Zagal se extendía hacia la cabeza muerta de Gonzalo. El yaqui estaba sentado, con el cuerpo contra el paredón; su espalda había dejado una firma rayada sobre la lona de la camilla. Se hincó junto al coronel y le cerró los ojos.

Se incorporó velozmente y respiró un aire en el que quiso encontrar, agradecer, dar nombre a su vida y a su libertad. Pero estaba solo. No tenía testigos. No tenía compañeros. Un grito sordo se le escapó de la garganta, apagado por la metralla pareja en la lejanía.

"Estoy libre; estoy libre."

Juntó los puños sobre el estómago y el rostro se torció de dolor.

Levantó la mirada y vio, por fin, lo que debía ver un ajusticiado al alba: la lejana línea de montañas, el cielo ya blanquecino, los muros de adobe del patio. Escuchó lo que debía escuchar un ajusticiado al alba: los chirrías de los pájaros escondidos, un grito agudo de niño hambriento, ese martilleo extraño de algún trabajador del pueblo, ajeno al estruendo invariable, monótono, perdido, del cañoneo y la fusilata que continuaban a sus espaldas. Trabajo anónimo, más fuerte que el estruendo, seguro de que pasada la lucha, la muerte, la victoria, el sol volvería a salir, todos los días ...

Yo no puedo desear: yo dejo que hagan. Trato de tocarlo. Lo recorro del ombligo al pubis. Redondo. Pastoso. Yo ya no sé. El médico se ha ido. Dijo que iba a buscar a otros médicos. No quiere hacerse responsable de mí. Yo ya no sé. Pero los veo. Han entrado. Se abre, se cierra la puerta de caoba y los pasos no se escuchan sobre el tapete hondo. Han cerrado las ventanas. Han corrido, con un siseo, las cortinas grises. Han entrado.

—Acércate, hijita ... que te reconozca ... dile tu nombre ...

Huele bien. Ella huele bonito. Ah sí, aún puedo distinguir las mejillas encendidas, los ojos brillantes, toda la figura joven, graciosa, que a pasos cortados se acerca a mi lecho.

—Soy ... soy Gloria ...

Trato de murmurar su nombre. Sé que no se escuchan mis palabras. Por lo menos esto debo agradecerle a Teresa: haberme acercado el cuerpo joven de su hija. Si sólo distinguiera mejor su rostro. Si sólo pudiera ver mejor su mueca. Debe darse cuenta de este olor de escamas muertas, de vómito y sangre; debe mirar este pecho hundido, esta barba gris y revuelta, estas orejas cerosas, este fluido incontenible de la nariz, esta saliva seca sobre los labios y el mentón, estos ojos sin rumbo que deben ensayar otra mirada, estos ...

La alejan de mí.

—Pobrecita ... se ha impresionado ...

—¿Eh?

—Nada, papá; descanse.

Dicen que es novia del hijo de Padilla. Cómo debe besarla, qué palabras debe decirle, ah, sí, qué rubor, Entran y salen. Me tocan el hombro, mueven las cabezas, murmuran frases de aliento, sí, no saben que los escucho, a pesar de todo: escucho las conversaciones más apartadas, las pláticas en los rincones de la recámara, no las cercanas, las palabras dichas junto a mi cabecera.

—¿Cómo lo ve, señor Padilla?

—Mal, mal.

—Deja todo un imperio.

—Sí.

—¡Tantos años a la cabeza de sus negocios!

—Será muy difícil sustituirlo.

—Le diré. Después de don Artemio, nadie más indicado que usted ...

—Sí, estoy compenetrado ...

—¿Y quién tomaría el puesto de usted, en ese caso?

—Sobran gentes preparadas.

—Entonces, ¿se calculan varios ascensos?

—Cómo no. Toda una nueva distribución de responsabilidades.

Ah, Padilla, acércate. ¿Trajiste la grabadora?

—¿Usted se hace responsable?

—Don Artemio ... Aquí le traigo ...

"—Sí, patrón.

"—Esté usted listo. El gobierno va a actuar con mano de hierro y usted debe estar preparado para tomar la dirección del sindicato.

"—Sí, patrón.

"—Le advierto que varios viejos zorros también se están preparando. Yo ya le insinué a las autoridades que usted es el que cuenta con nuestra confianza. ¿No gusta algo?

"—Gracias pero ya comí. Comí hace rato.

"—No se deje comer el mandado. Dese su vueltecita, pero ya, por la Secretaría, por la C.T.M., por ahí...

"—Cómo no, patrón. Cuento conmigo.

"—Adiós, Campanela. A tenebrosar. Mucho ojo. Abusado. Vamos, Padilla ... "

Ya. Se acabó. Ah. Eso fue todo. ¿Eso fue todo? Quién sabe. No me acuerdo. Hace tiempo que no escucho las voces de esa grabadora. Hace tiempo que disimulo. ¿Quién me toca? ¿Quién está tan cerca de mí? Qué inútil, Catalina. Me digo: qué inútil, qué inútil caricia. Me pregunto: ¿qué vas a decirme?, ¿crees que has encontrado al fin las palabras que nunca te atreviste a pronunciar? Ah, ¿tú me quisiste?, ¿por qué no lo dijimos? Yo te quise. Ya no recuerdo. Tu caricia me obliga a verte y no sé, no entiendo por qué, sentada a mi lado, compartes al fin este recuerdo conmigo y esta vez sin reproches en tu mirada. El orgullo. Nos salvó el orgullo. Nos mató el orgullo.

— ... por un sueldo miserable, mientras nos ofende con esa mujer, nos refriega el lujo en las narices, nos da lo que nos da como si fuéramos unos pordioseros ...

No entendieron. No hice nada por ellos. No los tomé en cuenta. Lo hice por mí. No me interesan estas historias. No me interesa recordar la vida de Teresa y Gerardo. No me importan.

—¿Por qué no le exigiste que te diera tu lugar, Gerardo? Tú eres tan responsable como él...

No me interesan.

—Cálmate, Teresita, comprende mi posición; yo no me quejo.

—Un poco de personalidad; ni eso ...

—Déjenlo descansar.

—¡No te pongas de su lado! A nadie hizo sufrir más que a ti...

Yo sobreviví. Regina. ¿Cómo te llamabas? No. Tú Regina. ¿Cómo te llamabas tú, soldado sin nombre? Gonzalo. Gonzalo Bernal. Un yaqui. Un pobrecito yaqui.

Sobreviví. Ustedes murieron.

—y también a mí. Cómo voy a olvidarlo. Ni siquiera se presentó en la boda. En mi boda, la boda de su hija ...

Nunca comprendieron. No las necesité. Me hice solo. Soldado. Yaqui. Regina, Gonzalo.

—Si hasta lo que quiso lo destruyó, mamá, tú lo sabes.

—No hables. Por Dios, ya no hables ...

¿El testamento? No se preocupen: existe un papel escrito, timbrado, levantado ante notario; no olvido a nadie: ¿para qué iba a olvidarlos, a odiarlos?; ¿no me lo habrían agradecido, en secreto?, ¿no les habría dado placer pensar que hasta el último momento pensé en ustedes para burlarme?: no, los recuerdo con la indiferencia de un trámite frío, querida Catalina, hija amable, nieta, yerno: les parcelo una riqueza extraña, que ustedes adjudicarán, en público, a mi esfuerzo, a mi tesón, a mi sentido de responsabilidad, a mis cualidades personales. Háganlo. Siéntanse tranquilos. Olviden que esa riqueza la gané exponiendo el pellejo, sin saberlo, en una lucha que no quise entender porque no me convenía saberla, entenderla, porque sólo podían saberla, entenderla quienes no esperaban nada de su sacrificio. Eso es el sacrificio, ¿no es verdad?: darlo todo a cambio de nada. ¿Cómo se llamará, entonces, darlo todo a cambio de todo? Pero aquéllos no me lo ofrecieron todo a mí. Ella me lo ofreció todo. No lo tomé. No supe tomarlo. ¿Cómo se llamará?

"—O.K. the picture's clear enough. Say, the old boy at the Embassy wants to make a speech comparing this Cuban mess with the old-time Mexican revolution. Why don't you prepare the climate with an editorial ... ?

—Sí, sí. Lo haremos. ¿Unos veinte mil pesos?

"—Seem sfair enough. Any ideas?

—Sí. Dígale que establezca un claro contraste entre un movimiento anárquico, sangriento, destructor de la propiedad privada y de los derechos humanos con una revolución ordenada, pacífica y legal como la de México, que fue dirigida por una clase media inspirada por Jefferson. Al fin la gente tiene mala memoria. Dígale que nos halague.

"—Fine. So long, Mr. Cruz, it's always ... "

Oh, qué bombardeo de signos, de palabras, de estímulos para mi oído cansado; oh, qué fatiga; no entenderán mi gesto porque apenas puedo mover los dedos: que lo corten ya, ya me aburrió, qué tiene que ver, qué lata, qué lata ...

—En el nombre del Padre, del Hijo ...

—Esa mañana lo esperaba con alegría. Cruzamos el río a caballo.

—¿Por qué lo arrancaste de mi lado?

Les legaré las muertes inútiles, los nombres muertos de Regina, del yaqui... Tobías, ahora recuerdo, le decían Tobías ... de Gonzalo Bernal, de un soldado sin nombre. ¿Y ella? Otra.

—Abran la ventana.

—No. Puedes resfriarte y complicarlo todo.

Laura. ¿Por qué? ¿Por qué sucedió así todo? ¿Por qué?

Tú sobrevivirás: volverás a rozar las sábanas y sabrás que has sobrevivido, a pesar del tiempo y el movimiento que a cada instante acortan tu fortuna: entre la parálisis y el desenfreno está la línea de la vida: la aventura: imaginarás la seguridad mayor, jamás moverte: te imaginarás inmóvil, al resguardo del peligro, del azar, de la incertidumbre: tu quietud no detendrá al tiempo que corre sin ti, aunque tú lo inventes y midas, al tiempo que niega tu inmovilidad y te somete a su propio peligro de extinción: aventurero, medirás tu velocidad con la del tiempo:

el tiempo que inventarás para sobrevivir, para fingir la ilusión de una permanencia mayor sobre la tierra: el tiempo que tu cerebro creará a fuerza de percibir esa alternación de luz y tinieblas en el cuadrante del sueño; a fuerza de retener esas imágenes de la placidez amenazada por los cúmulos concentrados y negros de las nubes, el anuncio del trueno, la posteridad del rayo, la descarga turbonada de la lluvia, la aparición segura del arco iris; a fuerza de escuchar las llamadas cíclicas de los animales en el monte; a fuerza de gritar los signos del tiempo: aullido del tiempo de la guerra, aullido del tiempo del luto, aullido del tiempo de la fiesta; a fuerza, en fin, de decir el tiempo, de hablar el tiempo, de pensar el tiempo inexistente de un universo que no lo conoce porque nunca empezó y jamás terminará: no tuvo principio, no tendrá fin y no sabe que tú inventarás una medida del infinito, una reserva de razón:

tú inventarás y medirás un tiempo que no existe,

tú sabrás, discernirás, enjuiciarás, calcularás, imaginarás, prevendrás, acabarás por pensar lo que no tendrá otra realidad que la creada por tu cerebro, aprenderás a dominar tu violencia para dominar la de tus enemigos: aprenderás a frotar dos maderos hasta incendiarlos porque necesitarás arrojar una tea a la entrada de tu cueva y espantar a las bestias que no te distinguirán, que no diferenciarán tu carne de la carne de otras bestias y tendrás que construir mil templos, dictar mil leyes, escribir mil libros, adorar mil dioses, pintar mil cuadros, fabricar mil máquinas, dominar mil pueblos, romper mil átomos para volver a arrojar tu tea encendida a la entrada de la cueva,

y harás todo eso porque piensas, porque habrás desarrollado una congestión nerviosa en el cerebro, una red espesa capaz de obtener información y trasmitirla del frente hacia atrás: sobrevivirás, no por ser el más fuerte, sino por el azar oscuro de un universo cada vez más frío, en el que sólo sobrevivirán los organismos que sepan

conservar la temperatura de su cuerpo frente a los cambios del medio, los que concentren esa masa nerviosa frontal y puedan predecir el peligro, buscar el alimento, organizar su movimiento y dirigir su nado en el océano redondo, proliferante, atestado de los orígenes: quedarán en el fondo del mar las especies muertas y perdidas, tus hermanas, millones de hermanas que no emergieron del agua con sus cinco estrellas contráctiles, sus cinco dedos clavados en la otra orilla, en la tierra firme, en las islas de la aurora: emergerás con la amiba, el reptil y el pájaro cruzados: las aves que

se arrojarán de las nuevas cimas para estrellarse en los nuevos abismos, aprendiendo en el fracaso, mientras los reptiles ya vuelen y la tierra se enfríe: sobrevivirás con las aves protegidas de plumas, arropadas por la velocidad de su calor, mientras los reptiles fríos duermen, invernén y al cabo mueran y tú clavarás las pezuñas en la tierra firme, en las islas de la aurora, y sudarás como un caballo, y treparás a los árboles nuevos con tu temperatura constante y descenderás con tus células cerebrales diferenciadas, tus funciones vitales automatizadas, tus constantes de hidrógeno, azúcar, calcio, agua, oxígeno: libre para pensar más allá de los sentidos inmediatos y las necesidades vitales

descenderás con tus diez mil millones de células cerebrales, con tu pila eléctrica en la cabeza, plástico, mutable, a explorar, satisfacer tu curiosidad, proponerte fines, realizarlos con el menor esfuerzo, evitar las dificultades, prever, aprender, olvidar, recordar, unir ideas, reconocer formas, sumar grados al margen dejado libre por la necesidad, restar tu voluntad a las atracciones y rechazos del medio físico, buscar las condiciones favorables, medir la realidad con el criterio de lo mínimo, desear secretamente lo máximo, no exponerte, sin embargo, a la monotonía de la frustración:

acostumbrarte, amoldarte a las exigencias de la vida en común:

desear: desear que tu deseo y el objeto deseado sean la misma cosa; soñar en el cumplimiento, en la identificación sin separaciones del deseo y lo deseado:

reconocer a ti mismo:

reconocer a los demás y dejar que ellos te reconozcan: y saber que te opones a cada individuo, porque cada individuo es un obstáculo más para alcanzar tu deseo:

elegirás, para sobrevivir elegirás, elegirás entre los espejos infinitos uno solo, uno solo que te reflejará irrevocablemente, que llenará de una sombra negra los demás espejos, los matarás antes de ofrecerte, una vez más, esos caminos infinitos para la elección:

decidirás, escogerás uno de los caminos, sacrificarás los demás: te sacrificarás al escoger, dejarás de ser todos los otros hombres que pudiste haber sido, querrás que otros hombres —otro— cumplan por ti la vida que mutilaste al elegir: al elegir sí, al elegir no, al permitir que no tu deseo, idéntico a tu libertad, te señalara un laberinto sino tu interés, tu miedo, tu orgullo:

temerás al amor, ese día:

pero podrás recuperarlo: reposarás con los ojos cerrados, pero no dejarás de ver, no dejarás de desear, porque así harás tuya la cosa deseada: la memoria es el deseo satisfecho

hoy que tu vida y tu destino son la misma cosa.